

# DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELÓGIO

DEL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA

CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,

POR

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

Académico de número.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREO TIPIA DE M. RIVADENEIRA,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

—  
1866

A. 259

27

ANT

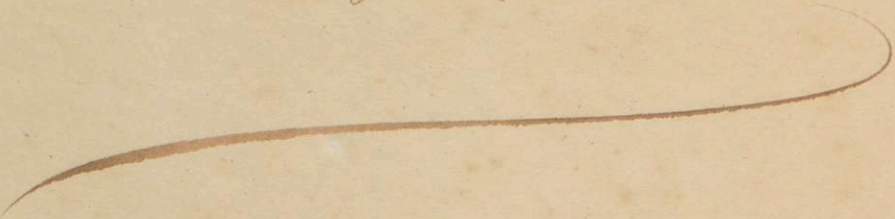
XIX

1376

al Excmo. Sr. Duque de Frias :

recuerdo de acendrada amistad y cordial simpatia.

Leopoldo Augusto de Cueto



28 años

R.66.324



# DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

*EN ELOGIO*

DEL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS,

DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA

*CELEBRADA PARA HONRAR SU MEMORIA,*

POR

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO,

Académico de número.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

1866



# DISCURSO

NECROLÓGICO LITERARIO

EN ELOGIO DEL DUQUE DE RIVAS.

---

ÍNDOLE ESPECIAL DEL POETA.  
CARACTER DEL HOMBRE.

---

SEÑORES :

Aun no habeis olvidado, porque nunca se olvida lo que estampa la amargura en el fondo del corazon, que al comenzar el año de 1862 nos reunimos en este glorioso recinto para rendir al sabio Director de la Real Academia Española, *D. Francisco Martinez de la Rosa*, un tributo de admiracion y de lágrimas.

No sólo perdíamos en él, como académicos, un Director, un amigo, un poeta, un historiador, un hablista, un filólogo insigne. Tambien sentíamos dolorosamente, como españoles, el vacío que dejaba en esferas de mayor pugna, de mayor estrépito y de

más arduos afanes, el prudente estadista, el elocuente luchador parlamentario, el acrisolado patricio, que no aceptaba ni comprendía dogma alguno político en que no se halláran mezclados y confundidos, como partes inseparables de un íntimo y armonioso conjunto, la concordia, el orden, la justicia, la libertad.....

Trascurrido el breve espacio de tres años, abierta todavía en nuestra alma la dolorosa herida, otra nueva, igualmente profunda para vosotros, y para mí, no puedo ocultarlo, aun más acerba, nos reúne ahora para cumplir el triste deber de tributar á otro Director esclarecido, cual noble ofrenda de duelo y de veneración cariñosa, la pública y solemne memoria que consagramos hoy á su encumbrado entendimiento, á su envidiable fama, á sus nobles prendas, á sus acendradas virtudes.

No necesito deciros que si alguno de los muchos elocuentes varones que cuenta en su seno, llevase la voz de la ilustre Academia, el homenaje que hoy rendimos ante el esplendor de una tumba, tendría sin duda mayor lucimiento y más altos quilates. No se escondía esto á mis ojos; y sin embargo, he aceptado gustoso el difícil encargo de conmemorar en esta esclarecida asamblea los eminentes merecimien-



tos literarios del DUQUE DE RIVAS, y de encarecer la profunda aflicción de que todos nos hallamos poseídos al ver desaparecer para siempre al que era para nosotros un estímulo, un afecto, una lumbrera y una gloria.

No atribuyais á temerario engreimiento este propósito ambicioso. Más nobles impulsos han movido mi ánimo. El DUQUE DE RIVAS, con quien me unian, no sólo lazos de parentesco, sino íntimas afinidades de hábitos, de aficiones y de afectos, era para mí más que un deudo, más que un amigo: era un tierno y cariñoso hermano: constituía una de esas figuras que forman parte de nuestra existencia moral, que acompañan siempre nuestra vida, y á las cuales llega á adherirse el alma hasta por necesidad y por costumbre.

Ya adivináis, Señores, que no he escrito ni un estudio biográfico, ni el elogio académico de nuestro último Director. La primera de estas tareas, ya desempeñada con tino, primor y elocuencia por nuestro malogrado y brillante compañero don Nicomédes Pastor Díaz, no cabe en el objeto peculiar de la solemnidad presente; la segunda, esto es, el elogio académico, sería una especie de anacronismo literario, que vuestra cordura y vuestro acrisolado gusto rechaza-

zan de consuno. Pasó el tiempo de los panegíricos inflexibles y deliberados, que ni realzan, ni convencen, ni conmueven; y cierto estoy de que habeis de aprobar mi propósito de ceñirme al recuerdo limpio, llano, sincero, de las nobles prendas del DUQUE DE RIVAS; á la conmemoracion de su gloria, y singularmente, porque así cumple al carácter de este ilustre Cuerpo, al exámen del espíritu y cualidades que preponderan en sus obras poéticas, y que le han granjeado un lugar tan alto y tan especial en la historia de las letras españolas de la edad presente.

Esta, al parecer, tan llana y no poco sabrosa tarea, es una de las mas difíciles y aventuradas que pueden ofrecerse á la crítica. Juzgar el verdadero valor literario; las tendencias y vicisitudes del gusto; el origen, la intensidad, el arranque y la espontaneidad del estro de un poeta contemporáneo, ¿puede haber nada, al parecer, más sencillo y más hacedero? Con él hemos vivido y pensado, con él hemos estudiado y discutido; hemos asistido, por decirlo así, á la formacion, desarrollo y manifestacion artística de sus ideas, y seguido paso á paso los vuelos de su creadora mente en sus concepciones y hasta en los antojos de su fantasía; ¿quién, pues, con luz más clara y más segura ha de aquilatar su inspiracion, y descubrir y analizar

los impulsos psicológicos é ideológicos del poeta, sin cuyo cabal conocimiento no es dable medir exactamente el alcance de su índole y de su fuerza?.....  
¿Quién? La posteridad.

Tropezando en la exploracion de las circunstancias personales, embarazada con la balumba de las dudas y las hipótesis de hechos que el tiempo ha oscurecido, y encerrada en el campo inseguro de las conjeturas, todavía es la posteridad juez más abonado y ménos falible que aquellos que ven las cosas con sus propios ojos y tocan los hechos con las manos. Nosotros, los contemporáneos, por recto que sea nuestro juicio y claro nuestro sentido y sana nuestra intencion, no podemos levantarnos á la esfera elevada y serena donde está la imparcialidad. Somos, sin advertirlo, jueces en causa propia cuando examinamos las obras de un hombre que ha respirado entre nosotros la atmósfera de nuestras ideas, de nuestras preocupaciones, de nuestros gustos y de nuestros extravíos. ¿Qué importa la imparcialidad del carácter y del criterio íntegro y sesudo, si nos falta la imparcialidad del gusto literario, á despecho de nuestra voluntad? Cada época tiene sus doctrinas, sus engrimientos y sus caprichos literarios, y no se os oculta que la nuestra está léjos de ese gusto acen-

drado, unánime y seguro, que sólo alcanzan las naciones en aquellos raros y felices momentos en que la Providencia les concede vida propia y preponderancia autonómica.

No os asombre, pues, Señores, que juzgue, no sólo escabrosa, sino temeraria, la empresa, que acometo gustoso, de juzgar el carácter y mérito literario del que daba, poco há, á nuestra vista, claros testimonios de un noble corazón, de un patriotismo acrisolado, de una fantasía risueña y elevada.

Pero al cabo esta misma tarea, que á la vez me arredra y me cautiva, es un deber sagrado que nos impone la memoria del honrado patricio, del prócer ilustrado, del poeta de alta ley, y, lo que para nosotros es más todavía, del noble y cariñoso amigo. Basta á movernos este deber, á mí á arrostrar las dificultades inherentes al asunto mismo, á vosotros á disculpar mi arrogancia y mi insuficiencia.

Fiel á mi sincero propósito de evitar que me tachéis de panegirista ciego y desalumbrado, y en muestra del amor que abrigo á esa imparcialidad rígida y austera sin la cual no puede haber crítica, y mucho ménos crítica contemporánea, empezaré por deciros que el DUQUE DE RIVAS, tan profusamente dotado por la mano divina, y partícipe, en mayor

ó menor grado, de cuanto grande, atrevido ó brillante ha hecho España en la primera mitad del siglo XIX, no desplegó en todas las esferas en que ha resplandecido su nombre, títulos de igual fuerza y alcance á las palmas de la inmortalidad. Como militar, como hombre político, como orador parlamentario, como historiador, como artista, recogió copiosos laureles, algunos de ellos de valor muy subido. Tres facultades poderosas alentaban su ánimo y movían su múltiple y flexible talento : la imaginación, la probidad y el amor patrio. Estas tres facultades eminentes, en que nadie le aventajaba, constituían todo su sér moral, alto y respetable por cierto, puro y fecundo manantial de lo grande y de lo bello. Pero tal vez no poseía en igual grado, porque hay fuerzas morales que casi nunca logran hermanarse, el espíritu analítico y filosófico, que antepone la exactitud á la belleza, y busca á todo trance la verdad absoluta en los abismos de la duda.

El DUQUE DE RIVAS, hombre de alma impresionable y viva ante todo, dejaba preponderar en su mente la índole del poeta, y avasallado por la virtud imperiosa de esta índole, habia de preferir forzosamente, á lo que demuestra y convence, lo que conmueve y embelesa. Por eso, en la vida política no

sabía ser el estadista paciente y frío que escudriña, mide, transige, disimula y espera. Los principios cobraban en su alma el carácter de sentimientos, y no pocas veces el de sensaciones. Dentro de la rectitud moral, que no le abandonaba nunca, se dejaba llevar algún tanto por los ímpetus de la imaginación, que, si suele ser guía insegura, también sirve de impulso y fuerza que engrandece y levanta las ideas.

¿Qué podía importar á quien hallaba en los bienes del corazón y del entendimiento tan lisonjeras compensaciones, que otros le aventajasen en eso que llamamos *sentido práctico*, esto es, en esa disposición natural del ánimo á entrar sosegada, severa y afanosamente en el exámen maduro y cabal de los medios de ejecución y de las contingencias de las empresas humanas? Es indudable; no estaba en su índole arrostrar y sobrellevar impasible esa angustia secreta con que tropieza el hombre de sana intención, al buscar, en medio de la zozobra y de la duda, la verdad y el acierto; cosas que se presentan casi siempre al entendimiento con el amargo carácter de lucha y de problema..... Si descubría la verdad y la solución práctica de las cosas, había de ser con ímpetu y como por intuición repentina. Achaque es éste de imaginaciones movedizas y ardientes; pero achaque

feliz, de donde nacen muchas veces los arranques del entusiasmo y la elevacion de las miras y de las acciones. El curso técnico, ordenado y prolijo de los negocios públicos ó privados le era por demas enfadoso; ¿qué digo enfadoso? era casi incompatible con la naturaleza risueña y libre de su ingenio. Las elucubraciones filosóficas, que son deleite y solaz para algunos, eran para él tarea poco simpática. Los sistemas inseguros de la ideología y los arcanos de la metafísica le asustaban; y alguna vez, en conversaciones familiares, asestaba contra ellos, como Voltaire, los dardos de la sátira. En balde se le hacia notar que si es desdicha de los filósofos,

*Voir mille vérités où Dieu n'en a mis qu'une.*

como ha dicho uno de los grandes poetas modernos, esas mismas verdades hipotéticas y pasajeras mantienen viva la noble aspiracion del alma á levantar el velo con que Dios encubre las maravillas del mundo físico y del mundo moral, y á columbrar, siquiera alguna vez, un rayo purísimo de la llama divina donde brilla la verdad eterna. Era inexorable en este punto. Juzgaba ocioso perderse temerariamente en esa exploracion misteriosa. Le causaba enojo cuanto embarazaba con dudas su claro entendimiento, cuan-

to le hacia descender al pormenor prosáico ó enmarañado de las cosas, cuanto encadenaba las alas de su fantasía. No habia nacido para desmenuzar y analizar las causas recónditas de la naturaleza, sino para sentir y admirar sus efectos y su prodigioso conjunto.

Podrán decir tal vez que, careciendo de esa facultad, carecia de una fuerza que puede ser muy provechosa en el curso de la vida humana. Sea en buen hora; no me esforzaré en contradecirlo. No hay sér completo en la tierra, y no concede Dios al hombre todos sus tesoros con perfecto nivel y cabal armonía. Si el DUQUE DE RIVAS hubiese poseido el espíritu de observacion incansable de un naturalista, la fuerza de abstraccion metafísica de un filósofo, la inflexible rigidez demostrativa de un matemático, la perseverancia de un comentador, la frialdad de un estadista que subordina sus emociones á sus cálculos ambiciosos, habria podido granjearse por otras sendas merecida fama, pero no habria sido un gran poeta. Gloria por gloria, pudo darse por contento de la mision terrestre que le habia deparado la Providencia.

Quando esto digo, poniendo la corona de los poetas en la cumbre de la gloria humana, sé que hablo ante un concurso ilustradísimo, que no adolece del



achaque vulgar de confundir á esos séres privilegiados, ecos de las voces del cielo ó intérpretes de las grandezas de la tierra, con la turba de versificadores y copleros que, movidos por la moda, por el ingenio ó por la audacia, escriben poesías que no suelen pasar de amenas y estimables, cuando no son triviales ó perversas, y cuya fama estriba en efímeros fundamentos.

La poesía grande y espontánea, emanación lírica ó épica del espíritu de generaciones enteras, es algo más que el sabroso pasatiempo de las naciones cultas, y á veces mucho más todavía que una manifestación estética de las razas privilegiadas. Tiene una importancia histórica, religiosa y política, que nadie puede desconocer. Más simpática y más vividora que la prosa, órgano y estímulo del entusiasmo popular, y auxilio poderoso de la tradición, la poesía ha tenido el privilegio de transmitirnos, al través de tenebrosos tiempos y de revoluciones fundamentales, el conocimiento de singulares y remotas civilizaciones. ¡Cuán imperfecta idea tendríamos del carácter profético y sentencioso del gobierno teocrático de la Judea sin los libros poéticos de la Biblia! Sin la *Iliada*, el poema de los poemas, ¿qué habría sabido la Grecia culta, qué sabríamos ahora nosotros de la Grecia

heróica? ¿Dónde, sino en la *Teogonía* de Hesiodo, poema imperfecto, pero venerable, se habrían conservado tan preciosas noticias sobre el carácter y fundamentos del politeísmo griego? Por la tradición oral, conducto por demás inseguro y contingente, habrían llegado tal vez á las edades modernas algunos reflejos, sin color y sin vida, del espíritu de los tiempos primitivos y verdaderamente épicos de la Grecia; mas no poseeríamos de seguro el espléndido y vigoroso cuadro, que debemos exclusivamente á la *Iliada*, de las costumbres, de los ritos, de las pasiones y del ímpetu orgulloso y avasallador de la raza helénica.

¿Qué noticia habria quedado del politeísmo escandinavo, amalgama singular de fantasía y de realidad, si los *scaldos* no hubiesen legado á la posteridad, en el *Edda* y en las poéticas *sagas*, un monumento de las tradiciones heróicas y de la religion peregrina de un pueblo á la par extremado en la espiritualidad simbólica y en la materialidad terrestre?

Al hablar de estos trovadores de la Escandinavia, me asalta involuntariamente el recuerdo del gran poeta dinamarqués Adan Oehlenschläger, el amigo de Goethe, de Guillermo Schlegel, de Benjamin Constant y de Madame de Staël, que, ya cercano al

término de su gloriosa carrera, me honró en Copenhague con su amistad. Nadie ha explotado con tanta habilidad y tanto aplauso como él la fecunda mina de poesía nacional que encierran aquellos preciosos vestigios. Oehlenschläger ha sido en las letras el gran evocador de los héroes y los dioses septentrionales. En algunos de sus dramas, y singularmente en su magnífico poema *Los Dioses del Norte* (*Nordens Guder*), tan admirado en todas las naciones germánicas, que en él encuentran algo de la majestad homérica, han cobrado nueva vida poética y mayor significación histórica el carácter osado, la vida aventurera y la pintoresca mitología de los antiguos pueblos escandinavos<sup>1</sup>.

Y si de las regiones del Norte trasladamos el pensamiento al prodigioso Oriente, cuna misteriosa de toda civilización, ¡qué maravillosas é inesperadas revelaciones nos hace la poesía! La civilización, que

<sup>1</sup> Oehlenschläger publicó simultáneamente este poema, como la mayor parte de sus obras, en dinamarqués y en alemán. Había comprendido con sagacidad tan profunda los mitos del *Edda* y el espíritu heroico de las *sagas* islandesas, que los investigadores de las antiguas creencias y costumbres de los escandinavos consultan las obras del poeta moderno al igual con los monumentos antiguos.

El profesor Heiberg publicó un libro titulado *Mitología del Norte, según el Edda y las poesías de Oehlenschläger*.

á pasos agigantados entraba en la Europa del renacimiento, despertó afición al estudio de los idiomas griego y latino; las controversias religiosas, suscitadas por el protestantismo, lo despertaron igualmente al de la lengua hebráica. Pero el sanscrito, idioma de los libros sagrados y de los poemas del Indostan, era desconocido del Occidente, hasta que, á fines del siglo último (1784), el sabio polígloto inglés Williams Jones<sup>1</sup> fundó la *Sociedad Asiática de Calcuta*, promoviendo arduamente investigaciones fecundas sobre el Asia primitiva. A pesar de los afanosos esfuerzos de algunos sabios orientalistas, todavía no está suficientemente explorado el campo inmenso de aquellos augustos monumentos poéticos; pero lo que ya conocemos por las esmeradas traducciones hechas en los últimos tiempos, ofrece á la imaginacion un mundo moral tan vasto como sorprendente. Los himnos de los *Vedas*, biblia del Indostan, los *Puranas*, ó leyendas sagradas<sup>2</sup>, y las grandes epopeyas

<sup>1</sup> Su erudicion en idiomas antiguos era asombrosa. Tradujo varias obras del árabe, del persa y del sanscrito. De éste, entre otras cosas, el famoso drama *Sacotala*, del poeta Kalidasa.

<sup>2</sup> Los *Puranas* forman en conjunto unos ochocientos mil versos: son todavía muy poco conocidos. Varios críticos y filólogos de Alemania, de Francia y de Inglaterra estudian hoy con ahinco estos monumentos de historia y de poesía.

índicas no contienen sólo esos arranques de amor, de entusiasmo, de temor, de heroísmo, de poesía, que brotan del alma de los pueblos-poetas que se cantan á sí propios en los tiempos de grandeza épica ó de lirismo religioso; encierra además un fondo de sentimientos morales, una pintura de grandes y puros caracteres, que llenan á un tiempo el ánimo de sorpresa y de admiración. El motivo principal de esta impresión inesperada que en mí ha producido, y producirá sin duda en cuantos lean alguna parte de estos poemas singulares, consiste en que, al través de las explicaciones cosmogónicas, de las empresas heroicas, de las descripciones fantásticas ó emblemáticas, se descubre una civilización moral, pura y espiritual, cual no lo fueron nunca las civilizaciones de Grecia y de Roma, aquella *artística* por excelencia, ésta eminentemente *política*.

En los episodios, que traducciones felices han dado á conocer, del «Mahâbhâratta», colosal poema de doscientos mil versos<sup>1</sup>, en la magnífica y ya cono-

<sup>1</sup> Aunque se menciona el nombre del autor de este poema, *Vyâsa*, todo indica que el *Mahâbhâratta* es obra nacional, creada por los siglos, aglomeración más ó menos deliberada de tradiciones heroicas y sagradas. Confirma, por otra parte, esta opinión el carácter simbólico del nombre *Vyâsa*. Significa *colector*, como *Homero* significa *cantor*.

cida epopeya el «Râmâyana»<sup>1</sup>, en los «Vedas» y en otros monumentos venerables de aquellas nebulosas edades, hay virtudes y tendencias humanas tan delicadas, tan íntimas, y, por decirlo así, tan *evangélicas*, que traen pasmo al entendimiento y contento al corazón. *Sita, Savitri, Damayanti*, ángeles consoladores, modelos sublimes de ternura, de fidelidad, de abnegación y de sufrimiento, son retratos de mujer de belleza moral incomparable. La literatura griega, cuyas mujeres son, por lo común, ejemplos de perversidad ó causas de desventura pública, nada tiene que se acerque á ellos, ni tampoco la literatura cristiana nada que pueda aventajarles.

*Rama*, el héroe del «Râmâyana», es un guerrero fascinador por sus prodigiosas hazañas, de ésos que la historia estudia y la tradición diviniza. Pero en nada se parece á los guerreros de la epopeya griega, que obran siempre avasallados por sus pasiones. Su prudencia no es la astucia cautelosa de Ulises, ni su valor el ciego arrebato de Ajax ó la ira implacable de Aquiles. *Rama*, que, según el poema, *si se enojase, haría temblar al cielo*, sabe reprimir siempre los ímpetus de la soberbia; Quijote sin locura, recorre

<sup>1</sup> Valmiky, personaje casi mítico, como *Homero*, pasa por autor del *Râmâyana*.

el mundo para reparar injusticias y remediar calamidades; se resigna humilde al destierro, para evitar sinsabores á su padre, el rey Dasarâtha. Magnánimo, sabio, leal, justo y paciente, *Rama* es, en una palabra, la personificación del deber. Sólo en la literatura romántica cristiana se encuentran caracteres semejantes al de *Rama*, en los cuales andan mezcladas, en aventuras de leyenda, virtudes cristianas con impulsos caballerescos.

Si á esto se agrega que en el *Vedanta*, el libro filosófico de los *Vedas*, y en innumerables poesías de la India, se proclama el culto de un solo Dios, sér abstracto y metafísico, cual convenia al espíritu contemplador del Asia; que los poetas índicos, al hablar del alma humana como emanación del Sér supremo, se gozan en remontarse á una idealidad mística, á que nunca llegaron Sócrates ni Platon; que en varios poemas, especialmente en algunos pasajes del «Mahâbhâratta», se presentan claras las nociones de la inmortalidad del alma, de su vuelta al seno de Dios, del sacrificio de la vida terrestre, de la humildad, de la caridad, del perdón divino, de la contemplación extática; esto es, de virtudes y sentimientos que tienen cierta afinidad visible con la espiritualidad cristiana; ¿cómo no ha de quedar el ánimo atónito y suspenso

al descubrir tales analogías de civilización moral á una distancia de más de tres mil años, en los cuales han pasado, con su olimpo sensual y apasionado y con su material grandeza, las civilizaciones peregrinas de Atenas y de Roma?

Ved, Señores, cuán alta y trascendental importancia pueden tener las obras poéticas cuando se intenta analizar y poner en claro histórica y filosóficamente la filiación y el enlace escondido de las ideas que preponderan en las sociedades humanas.

Y no sólo los historiadores y los filósofos reconocen el valor de la poesía; los hombres de Estado saben muy bien que lleva consigo á veces una fuerza política incontrastable, saludable ó perturbadora, ya robusteciendo el temple de los pueblos con el recuerdo de las glorias pasadas, ya exaltando las pasiones públicas, ya influyendo perversa ó provechosamente en las costumbres con la procacidad ó el halago, ó con los anatemas de la sátira.

Si pudiese en esto caber duda, bastaría, para convencerse de la influencia de la poesía, recordar el noble ardimiento que producian Tirteo en el pueblo espartano y Quintana en el pueblo español, prodigando anatemas contra la opresión extranjera, y palmas para los sentimientos libres ó heroicos de la



patria. ¿No veis en Francia á Béranger, el coplero sublime, alimentar en el corazon de sus compatriotas la llama de la libertad política con canciones que, aunque parecen devaneos de una musa juguetona y liviana, son en realidad ecos imperiosos de las pasiones populares? ¿Concebís influencia más eficaz, y en ciertos casos más peligrosa, que la de ideas que se infunden sin autoridad doctrinal, sin pretension dogmática, con los seductores atavíos de un recreo y con los encantos de la armonía? Sólo Dios puede medir con exactitud el alcance moral de ese dulce veneno, escondido entre flores, que se propaga sin límites por medio de humildes canciones que gozan del raro privilegio de ser escuchadas con igual deleite en el taller del artesano, en el salon del magnate ó en la guardilla de la costurera.

La Italia moderna ¿no está dando igualmente, desde fines del siglo último, un ejemplo insigne de la accion política de la poesía? Allí la sociedad no se satisface, há largo tiempo, con la musa apacible, pero frívola, de los idilios á Fílis, y de las cantilenas á Nice. Pocos poetas italianos de alta nombradía, como Cesarotti y Monti, rindieron culto sin escrúpulo ni medida al Austria ó á la Francia, á cuanto triunfaba ó resplandecía. Los más alzaron vigorosa-

mente el estandarte de la independencia y de la libertad, formando una cruzada fogosa, tenaz, implacable, que durante más de medio siglo se ha ocupado sin tregua en levantar y enardecer los instintos políticos de las últimas generaciones. ¡Cuántas almas abrasadas por el fuego del genio y por el amor de la patria! Entre todos aquellos poetas hay diferencias esenciales de carácter, de estilo, de temperamento y de principios; pero los hermana á todos el entusiasmo nacional. *Alfieri*, indignado con la postracion política de Italia, á par que con la anarquía sanguinaria de la revolucion francesa, democrata y austero en sus airados fantasmas políticos, aristócrata y laxo en sus aficiones y en sus costumbres, se aferra con amargo deleite en la evocacion poética de los recuerdos clásicos de la libertad antigua, sin advertir siquiera las profundas y esenciales diferencias que de la libertad moderna la separan; *Parini*, satírico tan agudo como cuerdo y delicado, calma en breve sus impulsos de vehemencia política con el estudio práctico del mundo y de los hombres; *Ugo Foscolo*, armado de un temple de alma recio é inflexible, ardoroso declamador sin sospecharlo, como *Alfieri*, incapaz de transigir con lo que juzgaba ridiculez ó flaqueza, se malquista con

sus maestros y amigos de Italia<sup>1</sup>, y alivia con sarcasmos el peso con que abrumba su alma altiva el generoso amparo que le dispensa la nacion británica. No es ingrata su alma, ni aviesa su intencion; pero su época turbulenta, su índole impetuosa, y su educacion literaria, en que se amalgaman el vigor de Esquilo, el énfasis de Lucano, la filosofía lúgubre de Goethe y la misantropía de Rousseau, apartan del natural asiento sus espléndidas facultades, llevando hasta la desesperacion el acerbo pesar que le causa el espectáculo de la patria decadente y avasallada, y dejando á pedazos, por decirlo así, en la azarosa carrera de su vida, gran parte de su genio y casi toda su ventura; *Berchet*, pintor popular de las desgracias públicas de su país; *Giusti*, que por el entusiasmo efímero de las circunstancias, ha sido, como Berchet, apellidado, sin gran razon, el Béranger de Italia; *Leopardi*, *Rossetti*, *Mamiani*, *Poerio*, *Aleardi*,

<sup>1</sup> Uno de éstos era Monti. Para vengarse de la persecucion literaria de Ugo Fóscolo, escribió contra él este ingenioso y durísimo epigrama, con ocasion de la tragedia del mismo Fóscolo, *Ajax*, representada en Milan, el año de 1812, en la cual son personajes principales Ajax, Agamenon y Ulíses:

*Per porre in scena il furibonde Ajace,  
Il fiero Atride e l' Itaco fallace,  
Gran fatica Ugo Foscolo non fè:  
Copiò se stesso, e si divise in trè.*

*Grossi*, y otros muchos, han combatido por la patria, como combaten los poetas, *con la espada del canto*, según la bella expresión de Aleardi.

En Italia, donde la literatura ha sido arrastrada imperiosamente por el espíritu público hacia los sentimientos nacionales, esta espada ha pesado poderosamente en las contiendas morales de nuestro siglo. No intento tasar aquí su acción benéfica ó perniciosa. El mal y el bien, la realidad y la ilusión, andan siempre unidos en los fogosos instintos, en las pasiones públicas, en las generosas esperanzas que brotan con ímpetu en las épocas de transición. Cumple ahora exclusivamente á mi propósito señalar el poder trascendental de aquella poesía que, caminando con la sociedad misma, llega á ser una forma de la vida intelectual de los pueblos, ó un eco vigoroso de la patria y de la humanidad. Sólo podrían dudar de este poder aquellos desventurados á quienes la mano divina hubiese negado completamente la facultad de la emoción y el sentimiento de lo bello, ó aquellos también que ni saben ni quieren ver el fondo de las cosas. La poesía de esta especie es una manifestación fiel, espontánea, y á veces magnífica, de las fuerzas morales de las naciones; es un medio de transmisión glorioso y perdurable de las tradiciones

populares. Esto nadie se atreve á negarlo, y esto basta para que sea mirada con entusiasmo, con respeto ó con recelo, por artistas é historiadores, por estadistas y filósofos.

Perdonadme, Señores Académicos, que me haya detenido algun tanto á encarecer las excelencias de la poesía en este asilo de las letras. No me dirijo á vosotros, que acogeis gozosos en vuestro seno á aquellos que se presentan con la frente orlada del laurel de las Musas; tampoco me dirijo al numeroso é ilustrado concurso que hoy nos honra, y cuya presencia es una consagracion de la gloria poética del DUQUE DE RIVAS. Pero no puedo olvidar que vivimos en una época esencialmente crítica y positiva, en que brota escasa y laboriosamente el entusiasmo, en que los deleites de la imaginacion se posponen á otros placeres de ménos espiritual naturaleza; y en que es necesario demostrar lo que ántes bastaba sentir.

Paso á caracterizar, en cuanto me sea dable, la índole nativa y peculiar del estro poético del DUQUE DE RIVAS. Desde luégo puede afirmarse, con sólo recordar sus obras, que su inspiracion nada tiene de personal; que su musa no es la musa sombría, descontentadiza ó soberbia, que, encerrada en sí misma,

lanza sobre la sociedad los anatemas de sus iras ó los lamentos de sus dolencias morales; sino la musa franca y desinteresada, que se olvida de sí propia para cantar, en la lengua divina del entusiasmo y del amor, los tesoros de fé, de lealtad, de patriotismo, de moral grandeza con que plugo á la Providencia dotar y ennoblecer á las razas escogidas, en tiempos de vitalidad y de gloria.

No falta quien, suponiendo que, arrogantes y engreídos, prescinden de la humanidad entera, ó se erigen representantes sublimes y privilegiados de ella, tache amargamente la tendencia de ciertos poetas á presentar siempre en primer término su propia persona. No siempre es justa esta censura. No puede aplicarse con fundamento á los poetas el *yo aborrecible* de Pascal, ni siempre es engreimiento el carácter personal de la poesía. Cuando ésta es puramente moral y *subjetiva*, y el poeta se ve arrastrado, por su índole peculiar, á pintar las emociones internas, ¿cómo no ha de retratar su propia alma, que es impulso, crisol y molde de sus sentimientos y de sus sensaciones? ¿Y debe y puede en realidad obrar de otra manera? ¿De qué serviría que escondiera su nombre, atribuyendo sus propios afectos y pensamientos á personajes imaginarios? Esto hace Lord Byron, pero

en balde; el lector reconoce siempre la fisonomía del poeta, ya se esconda bajo la máscara de *Giaour* ó de *Lara*, ya bajo la de *Cain* ó de *Sardanápalo*. Por mucho, sin embargo, que el escritor *personalice* su número; por mucho que reduzca á su sér individual la esfera de sus afectos y de sus ideas, siempre se encuentra en sus versos el fondo humano, y, amigo ó enemigo de su época, ésta se refleja siempre en sus obras. Los personajes imaginarios, si han de interesar y vivir en la memoria de las gentes, forzosamente han de representar alguna personalidad real, ó la individual del poeta, ó la colectiva del pueblo á que éste pertenece. El *yo* de los poetas no es siempre odioso ni antipático; y es indudable que hay cierto deleite en descubrir al hombre detras del escritor.

Estudiad sin prevención las obras de los poetas eminentes que, como Byron, Shelley, Leopardi y Lucrecio, hablan, obran y sienten en completo desacuerdo con la sociedad en que viven; juntad en vuestro juicio al hombre y al poeta, y pronto veréis asomar algun extravío ó alguna flaqueza personal entre los sarcasmos del humorista, los vuelos metafísicos del filósofo, los anatemas del moralista descontentadizo, y las temeridades del ateo. Shelley no

encuentra á Dios en el universo, porque no le encuentra en su corazon; Byron odia y escarnece á su patria, porque en la regularidad admirable de aquella sociedad ordenada no caben los ímpetus de su índole indisciplinada é imperiosa; Leopardi, el poeta de la desesperacion y de la muerte, llega á no ver en el mundo sino *fango* y miseria, y se columbra luégo que allá en los sombríos ámbitos de su mente entran juntos el órden divino y el órden humano, en estas tremendas palabras de ateo, dirigidas á su corazon, las más amargas acaso que ha trazado la mano de poeta alguno :

*Posa per sempre. Assai*  
*Palpitasti. Non val cosa nessuna*  
*I moti tuoi, nè di sospiri è degna*  
*La terra. Amaro e noia*  
*La vita, altro mai nulla; e fango è il mondo.*  
*Tacquetta omai. Dispera*  
*L'ultima volta. Al gener nostro il fato*  
*Non donò che il morire. Omai disprezza*  
*Te, la natura, il brutto*  
*Poter che, ascoso, a comun danno impera,*  
*E l'infinita vanità del tutto.*

¡Cuánto rebosa en estos versos el ánsia de morir que, ya cercano al término de su vida, acosaba de continuo al desventurado Leopardi! Estas imprecaciones impías no son más que el eco de sus



angustias personales, el triste vacío que dejó en su alma el abandono de la religion de sus padres, los lamentos de un sér enfermo y ulcerado, que no encontró en la tierra ni poder, ni riqueza, ni amor, ni siquiera salud.

Shelley y Lucrecio son en la forma ménos violentos, pero en el fondo más rebeldes que Byron y Leopardi, á la civilizacion moral de su época. No esconden bajo el velo de la ironía ó de la desesperacion la sensibilidad ardiente que suscita en el alma de estos últimos tantas contradicciones y tantos tumultos de conciencia. En Shelley y en Lucrecio la rebelion es esencialmente filosófica y dogmática; en sus versos se sienten más el orgullo de la razon y la independendencia de la fantasía que los movimientos del corazon. Hay hombres que parecen fatalmente predestinados á la dudá y á la contradiccion. Shelley, estóicamente indiferente, desde la edad temprana, á las creencias religiosas y á la organizacion social y política de todos los pueblos, da á la estampa, á la edad de diez y seis años, ¡quién podria creerlo! una obra titulada *Necesidad del ateismo*, por la cual la universidad de Oxford le lanza de su seno. Ménos poeta, pero pensador más audaz que su amigo Byron, influye poderosamente en la inspiracion de éste; es-

candaliza á la Inglaterra con el poema *La Reina Mab*, en que se engolfa, con brillantes y poéticas abstracciones, en los problemas tenebrosos del destino de la humanidad. Con un alma rebelde y solitaria, criado para pensar y no para sentir, sin ódio y sin amor, indiferente á la vida y á la muerte, Shelley pasa su juventud proscrito voluntariamente de su patria, como Byron, y en guerra abierta con ella, y muere desastrosamente, á treinta años, en las costas de Spezzia. Sus obras causan admiracion, pero no despiertan simpatía como las de Lord Byron, porque no se perdona tan fácilmente la soberbia del entendimiento como la soberbia del corazon.

La antigüedad nos ofrece en Lucrecio otro ejemplo singular y mucho más insigne de esos rarísimos poetas que encuentran el manantial de su inspiracion en lo que debiera ahuyentarla: la impiedad y el desvío de la patria. Entre Lucrecio y Shelley, á pesar de los veinte siglos que los apartan, hay ciertas afinidades morales evidentes: la desdeñosa indiferencia para los asuntos públicos de su nacion; el dogmatismo filosófico, revestido de las galas de la imaginacion; el espíritu rebelde y temerario; el fanatismo de la impiedad y de la negacion; el panteismo poético; la fuerza estóica, que hace á Shelley insensible á las

emociones humanas<sup>1</sup>, y arrastra á Lucrecio al suicidio á los cuarenta y cuatro años. Pero entre estos dos hombres sin fé, sin Dios y sin patria, hay una diferencia esencial: el poeta inglés se remonta á la esfera de las abstracciones metafísicas con toda la impasible serenidad á que puede alcanzar la presuncion intelectual; el poeta romano, en medio de su helado ateismo, siente hervir en su mente una pasion verdadera: la pasion de la naturaleza. De ella, más bien que de la filosofía de Epicuro, de la cual es vehemente sectario, nace su infeliz afan de sustituir al error del politeismo pagano otro error todavía más funesto: el del panteismo, incompatible con toda religion, porque mata las fuerzas más puras y celestiales del alma humana: la espiritualidad y la conciencia. De ese amor mal entendido á la naturaleza emanan asimismo su admirable elocúencia razonadora y descriptiva, y aquella cínica arrogancia con que, creyendo que su horrible doctrina ha levantado el velo á los arcanos de la vida humana, exclama en el delirio de

<sup>1</sup> Shelley y Lord Byron estuvieron á pique de ahogarse, durante una tormenta, en el lago de Ginebra. Shelley veía llegar la muerte con impasibilidad estóica y acaso con cierta íntima fruicion. Costó trabajo decidirle á que se dejára salvar. — *Thomas Moore's Life of Lord Byron*; 1820. — *Recollections of the last days of Shelley and Byron*, by E. J. Trelawny; 1858.

su obcecacion: «Cayó hollada la religion, y el triunfo nos iguala á los dioses <sup>1</sup>.»

Por seguir ciega y arrebatadamente el rumbo excepcional de su índole aviesa ó desmandada, no son ménos grandes estos poetas de la duda y la desesperacion. Su propio desvío de la senda comun suele ser en ellos funesta señal de su fuerza y de su grandeza. El áspero camino que la Providencia ha trazado á la humanidad viene estrecho á su orgullo y á su ambicion. Buscan lo absoluto en la tierra, y la verdad eterna en el entendimiento humano; y esta aspiracion temeraria, que aquí jamas se verá satisfecha, trastorna su ánimo y envenena su vida. La resignacion y la caridad, que son á la vez fuerza y consuelo, no disponen su alma á sobrellevar ni á disculpar las imperfecciones humanas, de que ellos mismos no están exentos.

¡Desgraciados! no ven más que una *cadena* en la disciplina moral de la sociedad, ni más que el *vacío* en los misterios inefables de la esencia divina y del destino de la humanidad. Su corazon se exaspera y se despedaza, y la sociedad, que los admira, ni

<sup>1</sup>

..... *Religio, pedibus subjecta vicissim*  
*Obteritur, nos exæquat victoria cælo.*

(LUCRECIO, *De Rerum Natura*, liber 1.)

los sigue ni los consuela, y rara vez los compadece.

¡Qué diferencia! Los pueblos, que son también grandes poetas, no emplean en sus concepciones ideales ni esa personalidad interesada y estrecha, ni esa rigidez enconada. Su impulso es más humano, sus preocupaciones poéticas más risueñas, sus pasiones más grandes y más generosas.

¡Dichoso el poeta que antepone á la personalidad limitada y antojadiza de un individuo, la personalidad, grande, colectiva y elevada, de una nación entera, y se hace órgano fiel, eco involuntario y apasionado de sus impulsos morales, de los nobles recuerdos de su historia y hasta de sus ilusiones tradicionales! Dios deparó al DUQUE DE RIVAS esta ventura literaria. Dotado de un ingenio esencialmente estético, pero más externo y *objetivo* que interno y metafísico, olvida su propia personalidad para infundir en ella la personalidad nacional. Su *yo* no es su alma; es el alma de la nación, que en sus sueños de gloria histórica se ha identificado con la suya. ¡Dichoso mil veces quien sabe y puede tener el ánimo en paz y en armonía con su tiempo y con su país!

Las poesías *Al faro de Malta*, *A la catedral de Sevilla*, *Á la Vejez*, *La Meditacion*, dedicada al poeta

napolitano *Giuseppe Campagna*, y otras muchas, llenas de noble y gallarda inspiracion, prueban que el estro lírico del DUQUE DE RIVAS no es débil ni escaso; y sin embargo, no alcanza por el arranque y la constante elevacion á aquella esfera de fuego y de grandeza donde campean los Píndaros y los Quintanas. La admiracion de la naturaleza, esa conmocion interna que para ciertas almas es á la vez fuerza creadora y deleite purísimo, que hace que el espíritu descubra y sienta la mano divina en el aroma de una flor, en el rumor del mar ó en el reflejo de una estrella, tampoco era para el DUQUE DE RIVAS manantial de inspiracion sincera. ¿Por qué ocultarlo? La naturaleza, fuente inagotable de belleza, y por consiguiente, de poesía, no le causaba, en sus manifestaciones externas, el embeleso que hizo poetas á Rioja y á Fray Luis de Leon. ¡Cuántas veces le oí hablar con incredulidad y con mofa de la *felicidad de la vida del campo!* Él veia exclusivamente tosquedad en la llaneza, afectacion vanidosa en el amor á la soledad, y aburrimiento en el sosiego de las selvas y de las praderas.

Esta observacion me trae á la memoria un soneto de otro poeta, el ingenioso escritor dramático Bances Candamo, que tampoco veia en la vida del campo

sino sus pormenores rudos y prosáicos. No lleveis á mal que os recuerde el soneto, por lo curiosa que es esta franca negacion de los encantos de la vida pastoril, hecha en un tiempo en que áun estaban en auge las églogas y los idilios:

VIDA PASTORIL.

Gana me dió, leyendo las extrañas  
Cosas que los poetas noveleros  
Cuentan de los pastores y cabreros,  
De habitar en sus rústicas cabañas;  
Pero llegando ayer á estas montañas,  
Ajos les ví comer, y no pucheros,  
Y apénas contra vientos y aguaceros  
Eran su abrigo techos de espadañas.  
Vílos con una eterna vigilancia,  
No les oí cancion, en mi conciencia,  
Á quien la flauta hiciese consonancia.  
«¿Esto, dije, es vivir con conveniencia?»  
¡Ay, amigo Fileno! gran distancia  
Hay desde la ilusión á la experiencia.

No hay por qué asombrarse de esta que parece aberracion extraña en almas poéticas. Son innumerables los rumbos que pueden seguir el ingenio y el corazon en el mundo de los sentimientos y de las sensaciones. El DUQUE DE RIVAS, que con tanta seguridad y deleite encontraba la cadencia armónica de la poesía, sentia con la música, en vez de placer, cierta impresion molesta, que le hacia prorumpir en

festivas y agudísimas paradojas. Inexorable en su antipatía, sustentaba donairoso y obstinadamente que los arrobamientos de la música no son más que un recreo convencional, y que los melodiosos ó magníficos cantos de Mozart, de Haydn, de Rossini, de Bellini y de otros dioses de la armonía, no alcanzan á expresar claramente los ecos y las impresiones de la naturaleza externa, y ménos todavía las emociones del corazón. Repito que no hay razón para maravillarse de estas contradicciones aparentes de las facultades humanas, infinitas en su esencia y en sus matices. Son misterios fisiológicos y psicológicos, con cuya llave no ha dado el hombre todavía.

¿Quereis que os diga ahora cuál es á mis ojos su instinto poético verdadero? Ya lo adivináis: el DUQUE DE RIVAS, autor de leyendas en que refiere lances peregrinos que frisan con la patraña, y de romances sencillos en que caben todos los tonos, todas las condiciones sociales y todos los sucesos humanos, es un poeta en que asoma la inspiración épica en grado principal y eminente. Y no digo esto porque escribió, en acompasadas octavas y sujeto á muchos de los preceptos y atildamientos convencionales de las *Poéticas*, los poemas *El Paso honroso* y *La Florinda*, sino (me atrevo á decirlo) á pesar de haberlos escrito. No hay



en estas obras sino una parte escasa, y ésta embargada y como perdida en el aparato de formas aprendidas, de aquella soltura, de aquella abundancia, de aquella audacia descriptiva, de aquella feliz y pintoresca desigualdad de estilo que campea en los romances del DUQUE DE RIVAS. ¿Cómo, con un solo color y con una mano comprimida habia de pintar las tendencias, los afectos, las preocupaciones, las faenas, los errores, los antojos, los goces y los sinsabores de las várias clases que componen la sociedad humana, todos los elementos, en fin, que constituyen la existencia de las naciones, sin los cuales la poesía épica no es más que una traba artificiosa y fria de adornos y ficciones, donde no palpitan la vida, ni el sér moral, ni las costumbres, ni nada de lo que es grande y animado en los pueblos, de lo que real y verdaderamente merece el nombre de *épico*?

Mister John Frére, su amigo de Malta, fué para el proscrito Ángel de Saavedra un verdadero *iniciador*. Muchas veces me refirió el ilustre poeta la sorpresa que le causó oír de los labios de aquel antiguo diplomático inglés que los cantares rudos y espontáneos del pueblo, las rapsodias vulgares de la patria, los cuentos y las tradiciones que en forma inculta y desaliñada habia escuchado en Córdoba, en

las dulces horas de la infancia, contienen un fondo de poesía más sincera y más seductora que la de los más primorosos y acicalados poemas artificiales. En buen hora llevó á Saavedra á Malta la estrella de su gloria. Sus amenas é instructivas pláticas con el ilustrado anciano Mr. Frére abrieron un campo nuevo y desconocido á sus ideas, é infundieron en su ánimo el libre espíritu de creacion literaria, que habian robustecido con luminosas doctrinas y con insignes ejemplos los Schiller y los Goethe, los Lessing y los Wieland, y que empezaba ya á cundir activamente por todos los ámbitos de Europa. Dentro del nuevo camino, que trazaba á su ingenio un gusto más fecundo y más racional, no tardó en recelar de las escuelas de imitacion, y en apreciar en lo que vale la antigua literatura española, poco comprendida y malamente desdeñada por los críticos del siglo XVIII, que pensaban y juzgaban á la francesa; y se despertó al cabo su númen verdadero. Pintar y cantar las costumbres y las glorias de su patria con alto vuelo y viva fantasía, hermanando gala y lisura, dejando llevar su pluma, no de reflejos de modelos dudosos, sino de propios afectos y de sinceras emociones, identificando con los de la nacion sus sentimientos y sus recuerdos, sustituyendo naturalidad,

vigor y variedad al melindroso estilo, falsa belleza de la literatura *clásica* importada del suelo francés: tal era su instinto verdadero, instinto de alta ley que ha de llevar su nombre á las edades venideras.

¡Poder terrible de las *Poéticas* arbitrarias en las épocas de decadencia! ¡Cuánto embarazan y apocan el ingenio las doctrinas estrechas, contrarias á las verdaderas leyes estéticas! Saavedra, en el Seminario de Nobles, habia estudiado los preceptistas extranjeros. Ni siquiera habia leído á Luzan, que con su gran instinto crítico no menospreciaba las antiguas letras españolas. Encerrado en el carril estrecho en que le hizo entrar su maestro, el excelente D. Demetrio Ortiz, no habria llevado acaso su talento poético más allá del límite donde rayan *La Florinda* y sus obras dramáticas *Arias Gonzalo* y *Tanto vales cuanto tienes*. Su ingenio era de naturaleza un tanto indisciplinada y aventurera, y se ahogaba comprimido entre los preceptos de Blair, de Le Batteux, de Marmontely de Sabatier<sup>1</sup>, lumbreras críticas de aquel tiempo. Rotas las cadenas de escuela, tendió sin embarazo las alas de su fantasía, siguió libre y gozoso los impulsos nativos, y no se malograron las grandes dotes con que la Providencia habia enriquecido su

<sup>1</sup> Sanchez Barbero copia á menudo á estos dos últimos.

entendimiento. Sin *El Moro expósito*, los *Romances históricos*, las *Leyendas*, *Don Álvaro*, *El Desengaño en un sueño*, *Solaces de un prisionero*, joyas literarias, labradas todas con la fuerza del nuevo espíritu que había bebido en los sanos consejos y en los libros de Mr. Frère, ¿qué habría sido el DUQUE DE RIVAS en el glorioso campo de las letras? Un escritor *estimable*, y, valiéndome de una frase vulgar que expresa claramente el sentido de una admiración muy limitada, un poeta *adocenado*. ¿Qué llegó á ser siguiendo, sin cortapisas doctrinales, el rumbo natural de su vivísimo ingenio? Un poeta nacional eminente, cuyas obras vivirán sin duda tanto como el noble espíritu popular que las ha inspirado.

Al componer *El Moro expósito*, Saavedra, neófito todavía de la nueva escuela llamada *romántica*, que tantos desvaríos había de producir por la violencia reaccionaria, fatal compañera de toda revolución política ó literaria, estaba en verdad muy distante de imaginar que en esta novela versificada, luminosa evocación de pasados tiempos y de rancias costumbres, escribía en parte poesía épica. No se desliga el hombre fácilmente de todos los lazos intelectuales que le imponen la educación y las ideas sancionadas por las autoridades académicas. Saavedra habría te-

nido por un crítico estrafalario y paradojista á quien le hubiese dicho que hay tanto carácter épico en la festiva y popular pintura de la cocina del Arcipreste de Salas, en la bulliciosa gresca del banquete de los esclavos moros y de la plebe cristiana, y en el romance del bellaco y zumbon Vasco Perez, como en el incendio de Barbadillo ó en la espléndida descripción de Zahara. Los preceptistas habian llegado á hacer de la epopeya un género tan pulcro, tan meticoloso, tan falso, que apenas cabia en ella la verdad humana, sin la cual no puede haber, ni poesía, ni inspiración sincera. La epopeya de Boileau, de Voltaire y de Luzan, no es la epopeya de Homero. No son ellos por cierto los que, respetando la verdad de las costumbres y la lisura de los sentimientos, habrian pintado al grande Aquiles, el héroe de los héroes, insultando groseramente á Agamemnon, ó cortando y adobando por su propia mano las carnes de cordero y de jabalí con que habia de obsequiar á Ayax y Ulises; ni tampoco al impetuoso Patroclo, hijo de un rey, atizando la hoguera en que se asaban estas carnes<sup>1</sup>; ni ménos todavía á Ulises, náufrago y hambriento, presentándose de improviso, en cueros y cubierto de fango, ante una princesa cercada

<sup>1</sup> *Iliada*, canto ix.

de hermosas doncellas, á las cuales, segun dice el mismo Homero, pareció espantoso en aquella situacion lamentable <sup>1</sup>. Nada más épico que la *Biblia*, y al mismo tiempo nada más sencillo ni más desnudo, al presentar á la humanidad tal cual fué, tal cual es, tal cual será siempre : un tejido complicado é indefinible de elevacion y de grandeza, de pasiones y de miserias.

El DUQUE DE RIVAS ignoraba que el elemento preponderante de su vena poética era el elemento épico. ¡Feliz mil veces! Por eso acertaba, sin sospecharlo, con la inspiracion de la epopeya. Siempre he creido, y no titubeo en decirlo, á riesgo de que se tome á paradoja, que nadie ha escrito jamas deliberadamente verdadera poesía épica. Dante, el único acaso de los poetas cristianos que merece plenamente el nombre de poeta épico, no intentaba siquiera ceñir sus sienes con esta solemne corona. Juzgaba y referia las cosas con el ímpetu de la ira ó con el entusiasmo místico de la fé. Escribia sin pararse en primores retóricos, como quien da desahogo involuntario al ímpetu de las emociones internas, y, juez implacable, se atrevia á emplear las armas del cielo y las imprecaciones de la tierra para condenar los

<sup>1</sup> *Odisea*, canto vi.

vicios y los crímenes de su tiempo. Ariosto, que se burla de la estructura del poema, que interrumpe todas sus narraciones, que hacina lances sin el menor respeto á la unidad, que lleva su desenfado hasta la procacidad, encierra no obstante en su obra grandes bellezas épicas, porque al través del enredado mosaico de las aventuras caballerescas y fantásticas de Mandricardo, Rodomonte, Angélica, Bradamante, Ruggiero, Doralice, Marfisa y otros innumerables personajes, se trasluce, y por decirlo así, se siente el movimiento de las pasiones humanas, la impetuosa energía de los sentimientos morales de su tiempo. No es la forma el elemento esencial en la poesía épica bien entendida. Grandes críticos han colocado con harta razon á Shakspeare, por sus dramas, al lado de Homero y del Dante, como uno de los tres mayores poetas épicos que han existido en los tiempos antiguos y modernos. Poseia en grado sublime la ciencia del alma humana, y sabía pintar con los vigorosos acentos del genio, no sólo los impulsos inmutables del hombre, sino los caracteres peculiares de aquella edad extraordinaria, en que andaban en confusa amalgama, formando á la vez contraste y liga, el idealismo más puro y el materialismo más grosero, la civilizacion y la barbarie.

Por brillantes y deslumbradores que sean, algo falta para ser verdaderamente épicos á aquellos poetas que no aciertan á ser grandes pintores de la humanidad. El Tasso, por ejemplo, que es ante todo artista consumado, que sabe y quiere componer un poema épico ajustado á todas las prescripciones doctrinales, no escribe sino una fantasía de corto alcance moral en su conjunto, si bien llena de admirables cuadros y episodios. Las imágenes son espléndidas, las pinturas de la naturaleza llenas de hechizo y de embeleso; pero no busqueis en la *Jerusalén* el acento profundo y sincero de las grandes pasiones ni de los heróicos sentimientos. Sus héroes y sus anacoretas son héroes y anacoretas de teatro, están rodeados de una atmósfera risueña y luminosa, que quita á aquellos el vigor y á éstos la austeridad. Se ha dicho ingeniosamente que las lágrimas del infortunio en los personajes del Tasso son tan suaves, que se parecen á las lágrimas que hace brotar la felicidad. Todo en su poema es pintoresco, pero casi nada es humano. El mágico Ismeno y los adalides sarracenos, Soliman, Argante y Aladino, son, más que hombres, emisarios del infierno, que no pueden causar emoción verdadera sino en imaginaciones infantiles. Algunas aunque raras veces deja el Tasso el ideal fic-



ticio en que su musa vive y se recrea, para entrar en el mundo de los afectos verdaderos, y entónces el estro que le anima es ménos épico que dramático. Armida, la altiva hechicera, vencida por el amor, presa en sus propias redes, cae del trono de su arrogancia desmedida, y rindiendo á los piés de Reinaldo estirpe, mágia, religion, y lo que es más, su orgullo de mujer admirada, quiere cortar sus hermosos cabellos y seguirle como vil esclava (*sprezzata ancella*<sup>1</sup>). Para pintar esta dramática figura, emblema de la pasion arrebatada y ciega, encuentra el Tasso acentos elocuentes, que no nacen de la fantasía, sino de lo más hondo del alma. Pero ni esta pintura admirable, ni la ternura de Olindo y Sophronia, ni la magnanimidad de Clorinda, ni la peregrina descripcion de los jardines de Armida, ni la selva encantada, ni otros muchos cuadros y primores de que está salpicada la *Jerusalen*, bastan á darle el carácter de la verdadera epopeya. En las mocedades del DUQUE DE RIVAS, este poema era el prototipo de la perfeccion épica. Hoy, que la crítica, más racional y más filosófica, no se deja llevar á ciegas de los prestigios engañosos de autoridades mal comprendidas, puede decirse sin escándalo que hay pocos

<sup>1</sup> *Gerusalemme liberata*, canto XVI.

poemas ménos *épicas*, atendida la genuina inteligencia de esta palabra, que la bellísima *Jerusalen* del Tasso.

Este juicio, que ahora parece cosa llana y fundada, habria sonado á los oidos del *clásico* Saavedra, ántes de los tiempos de su conversion literaria, como una blasfemia doctrinal. Y sin embargo, á pesar de sus incontestables bellezas, nunca la poesía brillante y afiligranada de la *Jerusalen* cautivó del todo á nuestro poeta. Sentia instintivamente que no habia afinidad alguna entre aquellos preciosos artificios y el vuelo libre y un tanto desmandado de su propio ingenio. Lo repetimos, poco suele tener de *épica* la poesía que como tal se escribe deliberadamente; la poesía *épica* es planta que no brota nunca espontáneamente en las sociedades pensadoras y refinadas, y cuando se produce á impulsos de la voluntad académica, nace raquítica y descolorida, como las flores que se cultivan á duras penas en los invernáculos; ha de ser más naturaleza que arte; no se contenta con la verdad poética; necesita la verdad absoluta.

El DUQUE DE RIVAS escribe, sin saberlo, poesía *épica*, y cabalmente acaso porque no lo sospecha. Ha escrito poesías líricas que no olvidará la posteridad, pero su númen verdadero no tiene el carácter

personal que es por lo comun la fuente de este género de poesía. Le habia dotado el cielo del alto dón de identificarse con la nacion á que pertenecia. Soñaba, sentia, se alegraba ó se afligia con ella; se conmovia, como ella se conmueve, con las glorias pasadas y con los sentimientos presentes; su alma abarcaba á un tiempo, como la España misma, el entusiasmo de Pavía y el entusiasmo de Bailén; y cuando el poeta *individual* es el intérprete, y por decirlo así, el órgano glorioso de otro poeta más grande, esto es, de la nacion entera, entónces hay siempre algo esencialmente épico en el fondo y en la forma de la poesía.

Pero el sello épico en las obras del DUQUE DE RIVAS, como sello profundamente popular, difiere grandemente de la poesía heróica convencional de los preceptistas, que comprimieron y esterilizaron las fuerzas poéticas de los mejores años de su mocedad. El romance, que le habria parecido en otro tiempo una profanacion de la musa heróica, le parece ahora el instrumento más dócil, más simpático y más español. Quiere contar al pueblo sus grandezas y sus ilusiones en el lenguaje flexible, natural y poético que el pueblo mismo ha creado, y huye con cierta fruicion íntima de la entonacion pomposa sin tregua

de los modelos del pseudo-clasicismo, que le parece ahora monótona y glacial, como una prolija y vanagloriosa ceremonia. Guárdase bien de entonar la *trompa épica*, como decían los clásicos, expresando en esta irrisoria metáfora el aparato á todo trance que, en sentir suyo, requieren las composiciones heróicas. Mal podía entonar exclusivamente la *trompa épica*, ni el *caramillo*, ni otro instrumento metafórico, quien se proponía seguir libremente todos los tonos á que se prestase el asunto, y no entusiasmarse con fingido entusiasmo que no brota del corazón ó de la fantasía, ni dar solemnidad al lenguaje, ni altisonante gravedad á los cuadros y á los personajes por mera sumision á los dogmas de las *Poéticas*.

No hay para qué decir que la poesía épica del autor de los *Romances históricos* carece de la unidad trascendental que constituye la última perfeccion del arte, y de aquella sencillez augusta que resplandece en la *Biblia* y en la *Iliada*. El poeta corresponde siempre á su época y á su país. Esa epopeya eminentemente sencilla y eminentemente majestuosa, esa epopeya sublime y soberana, no cabe en estos tiempos; y no ha de olvidarse, por otra parte, que la cuna del DUQUE DE RIVAS fué iluminada por el mismo sol que iluminó la cuna de los Sénecas, de

los Lucanos y de los Góngoras. En su estilo, como en el de algunos de aquellos sus famosos paisanos, se amalgaman sin violenta discordancia la hipérbole y la llaneza. La hipérbole, mal contenida en los estrechos límites del buen gusto, es al númen poético lo que la fanfarronada al valor : un alarde innecesario de fuerza, que suscita dudas sobre la fuerza verdadera. El DUQUE DE RIVAS abusa poco de la hipérbole, y si alguna vez se extrema en ella, no hay que olvidar que las razas meridionales gustan, en las letras, de la exuberancia de las imágenes y de los colores, que no es más que el reflejo de la exuberancia misma de su imaginacion. La crítica no puede ménos de tener en cuenta que el cielo bajo el cual nacen, ya sea nebuloso y sombrío, ya radiante y abrasador, se refleja siempre en las obras de los verdaderos poetas. No puede, por consiguiente, ser severa en esta parte con el DUQUE DE RIVAS, que sabe poner coto á los extravíos de aquella tendencia nativa. Cuantos le han tratado en íntima y constante confianza saben no sólo que Calderon era su autor favorito, sino que rayaba en fanatismo la aficion que le profesaba. Hasta los resabios del gongorismo le parecian bellos en el gran poeta dramático. Intentaba explicarlos por el vuelo mismo de la imaginacion, y sostenia que era

grandeza algo de lo que á los demas nos parecia extravío. Ayudado en esta admiracion sin exámen, por la natural inclinacion de su índole andaluza á la hipóbole y al concepto, inclinacion que el tiempo no ha desterrado todavía completamente entre nosotros, de temer era que el estudio continuo de aquel modelo le hiciese dar, á pesar suyo, en la aviesa tendencia. Su sano instinto le preservó casi del todo, y sólo rara vez, en medio de sus narraciones, siempre claras y naturales, asoma algun pensamiento alambicado, á la manera de los poetas del siglo xvii, como cuando llama á un fogoso caballo *remedo del Vesubio*, y á una pistola *áspid fiero de metal*; anacronismos de lenguaje, que, á pesar del sabor antiguo de los *Romances históricos*, son impropiedades de estilo malamente ingeridas donde rebosa tan natural desembarazo y tanto ingenio de finísimo temple.

El achaque grave de que alguna vez adolece, no es posible negarlo, el estilo narrativo del DUQUE DE RIVAS, es la falta de sobriedad. Su vehemencia le arrastra, y no sabe poner freno á la expresion, que se le presenta siempre fácil y caudalosa. La imitacion involuntaria de los poetas del siglo xvii y su propia abundancia, le inducen á no escatimar una sola palabra de las muchas que sin necesidad se le

ofrecen al paso. Como todos los poetas de primer orden, que hacen á la expresion esclava del pensamiento, emplea muy á menudo esas frases propias y vigorosas que brotan del pensamiento mismo, y dicen, en su concision, lo que no alcanzarian á decir prolijas explanaciones; pero otras veces, las ménos, incapaz, por carácter y por la índole de su númen, de pararse á corregir y limar sus versos, se entrega con cierto voluntario abandono á la dilatacion de las ideas. Así expresa, por ejemplo, la inestabilidad de las cosas humanas :

¡Oh Dios, y cuán fácilmente,  
En la miserable tierra,  
Tras de las más dulces horas,  
Horas de amargura vuelan!  
¡Cuán fácilmente las dichas  
En infortunios se truecan,  
Cámbiase la gañá en luto,  
Se torna el gozo en tristeza!

Todo esto está dicho de una manera tan agradable, tan poética, tan conforme á la entonacion del romance popular castellano, que apenas puede caer el lector en que la misma idea está expresada de cuatro diferentes maneras.

No extrañéis, Señores, que os haga notar, como de pasada, este lunar del estilo hermoso y expresi-

vo de nuestro poeta. Cumplo en ello un deber de sincera y sana crítica ante este ilustre Cuerpo, fiel guardador, no sólo del habla castiza, sino del gusto puro y acendrado. Mis observaciones acerca de este punto en nada pueden empañar el brillo de la alta gloria del DUQUE DE RIVAS, en cuya poesía resplandecen tan robustas prendas y tan primorosas perfecciones; él mismo advertía, sin poder contenerla, esa superabundancia de expresion, que en sus versos está compensada con su incomparable gala en el decir; pero creo que es oportuno llamar la atencion sobre ella en el tiempo presente, en que el desleimiento de la frase, que corresponde siempre al desleimiento de la idea, es la forma literaria al uso. La sobriedad vigoriza el pensamiento, y es como el sello de la inspiracion; la redundancia le empobrece y amortigua; y si puede tolerarse en poetas como el DUQUE DE RIVAS, que rara vez incurren en ella, y que encubren el resabio con el lujo seductor de la frase, es una verdadera calamidad en manos de la medianía. Existirá acaso, mas no recuerdo ningun poeta de nuestra patria, como no sea Arguijo en algunos sonetos, y acaso Fray Luis de Leon en pocas de sus composiciones, que pueda mencionarse como un deschado cabal y perfecto de conciso y concentrado es-



tilo, en que no huelguen ni una sola idea, ni una sola palabra. Este privilegio eminente, reservado á pocos más que á Horacio, á Leopardi y á Béranger, es uno de los dones más bellos que Dios concede á los entendimientos superiores. ¡Dichoso el escritor que merezca lo que ha dicho un gran crítico de Béranger! «No tiene un solo verso que no lleve en sí el sello de la necesidad.»

Todos reconocen la dición pura y castiza del DUQUE DE RIVAS; pero no ha faltado quien advierta que no siempre es igualmente correcto y esmerado. La igualdad y el detenimiento no cabian en musa tan viva y movediza; y quizá, despues de haberse afiliado en la escuela de la libertad literaria, hacia alarde de evitar la tersura y uniformidad académicas que pudieran parecer estudiadas, por una afectacion análoga á la que empleaban los escritores de la escuela clásica para demostrar entonacion constante y firme, y formas académicas limadas é intachables. Pero, á pesar de su desigualdad, puede asegurarse que es uno de los primeros hablistas contemporáneos. Á diferencia de lo que acontece en la era presente, no formó D. Ángel de Saavedra su lenguaje con la lectura de libros extranjeros. Leyó y estudió con deleite los libros españoles de la edad de oro, y se inculó,

por decirlo así, en su espíritu y en su grandeza. Para convencerse de ello basta leer *El Moro expósito*. Allí se descubre desde luego que el autor no ha pensado en francés para traducir después sus ideas al idioma castellano; allí todo es exclusivamente español; allí en locuciones y en palabras resalta visiblemente el desembarazo expresivo y simpático de quien conoce á fondo su lengua, y á su antojo la maneja y domina.

¿Quereis ver ahora demostradas las facultades épicas del DUQUE DE RIVAS? No tengo más que recordaros cómo comprende, cómo siente y cómo expresa, entre la gloriosa corona histórica de sus *Romances*, dos grandezas de nuestros anales, una pasada y otra contemporánea: *el descubrimiento de América* y *la batalla de Bailén*, cuán fielmente se reflejan en sus versos las costumbres, los sentimientos y el noble aliento de la nacion española.

Sobre la inspiracion lírica y sobre el dón de describir con propiedad, con gala y con calor, dón en que pocos le igualan, sobresale en las obras poéticas del DUQUE DE RIVAS, como indicio seguro de sus facultades épicas, otro dón más raro y precioso todavía: el de narrar bien. Otro poeta, dando vuelo á su fantasía, por decirlo así, personal y contemporá-

nea, habria cantado en una oda el descubrimiento de América. El DUQUE DE RIVAS, por la virtud misma de su instinto, ve los grandes hechos y las hazañas inmortales como suele verlas la musa popular. En vez de cantar aquel hecho prodigioso, lo cuenta; pero lo cuenta cantando, que así es como refieren las cosas los poetas populares.

En los *Recuerdos de un grande hombre*, el personaje Colon toma el prestigio poético y novelesco que da el trascurso de los siglos, sin perder nada de su fisonomía natural y humana. La pintura sóbria y expresiva que hace el poeta del á un tiempo imponente y menesteroso marino y de su hijo, y la acogida afectuosa y cordial que les dispensa en el convento de la Rábida Fray Juan Perez de Marchena, como animado de fuerza intuitiva ó movido por misterioso decreto del cieló, es uno de los cuadros más tiernos é interesantes, y al propio tiempo una de las exposiciones más felices que ofrece la literatura moderna.

No consienten los límites de este Discurso entrar en un exámen prolijo y ordenado de este precioso poema, ni aquilatar uno á uno sus peregrinos rasgos y primores. Pero no puedo prescindir de llamar vuestra atencion hácia la profunda pintura que hace el

poeta de las angustias y zozobras de un hombre que  
lleva en su mente un pensamiento gigantesco,

Que exclusivo su alma absorbe,  
Que es la sangre de sus venas,  
Que es el aire que respira,  
Que es ya toda su existencia.

Con ser este pensamiento un tesoro de inmensa  
valía, nadie lo comprende ni lo apoya, y ve el marino  
pasar infructuosamente los años, y teme tal vez que  
le sobrevenga la muerte y nadie sepa despues arran-  
car de la inmensidad de los mares ese tesoro que  
Dios le ha revelado á él solo. Los sabios no le en-  
tenden, los poderosos no le protegen,

Y el vulgacho vil se mofa,  
Cual de un loco, del que anda  
Tan desarrapado, y grave  
Ofrece montes de plata.

Pero aquel hombre, desdeñado y escarnecido, lleva  
un mundo en su mente, y Dios, que le ha hecho  
aquella revelacion sublime, no permite que éntre el  
desaliento en su corazon.

De sí mismo más seguro  
Mientras halla más tropiezos,  
Y nuevas fuerzas cobrando  
De su propio abatimiento,

Del genovés navegante  
Parece el alma de acero,  
Escollo inmoble que arrostra  
Siglos, rayos, olas, vientos.

Muchos años pasó despues en Córdoba, donde se hallaba la córte, pugnando por hacerse comprender. Allí se habian concentrado todo el vigor, toda la actividad y todo el brillo de las dos monarquías castellana y aragonesa. Nadie tenía espacio, ni voluntad, ni entusiasmo, más que para preparar y acelerar el grande acontecimiento que habia de poner espléndido remate á una epopeya de ocho siglos, y de regocijar no sólo á España, sino á la cristiandad entera. Ved con cuán vigoroso pincel bosqueja el poeta aquel bullicio cortesano y aquellos gloriosos afanes:

Todo es movimiento y vida,  
Todo actividad extraña,  
Todo bélico aparato,  
Todo fiestas cortesanas.....

Córdoba es concilio, córte,  
Almacen, campo de armas,  
Tribunal, mercado, lonja,  
Escuela, taller y sala.....

Aquí llegan municiones,  
Allí granos y vituallas,  
Acá se doman corceles,  
Allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,  
Aquí se bordan gualdrapas,

Acá se recaman vestes,  
Allá se templan espadas.

No hay una persona ociosa,  
No hay sin movimiento un alma,  
Ni imaginacion tranquila,  
Ni pecho sin esperanza.....

Unos sueñan en despojos,  
Otros nombre y lauros ánsian,  
Quién va á ganar indulgencias,  
Quién mando pide y aguarda.

Y todas estas ideas  
Se humillan, aunque tan várias,  
Á un gigante pensamiento:

LA CONQUISTA DE GRANADA.

Pero en los fastos de las naciones, que traza la mano de la Providencia, estaba escrito que el año de 1492 fuera glorioso entre los más gloriosos de la heroica nacion española. Rendido el mahometismo en Granada, esto es, satisfecha en Europa una necesidad imperiosa de la civilizacion cristiana, Dios permitió que se abriera camino en un mundo remoto é ignorado esta misma civilizacion, única grande y verdadera, porque es la única que desarrolla y glorifica los dos impulsos más nobles y fecundos que encierra el alma humana: la *caridad* y la *libertad*.

Habia en Castilla una mujer, á la cual, como á Colon, habia dotado la Providencia de genio y de heroismo. Era ésta Isabel Primera, que por un pri-

vilegio acaso único en la historia del mundo, juntaba en su alma las prendas más peregrinas del hombre y de la mujer. Ardía en su corazón el santo fuego de la religión y de la patria, y movida por estas dos poderosas palancas, llama á su presencia al porfiado soñador, y su alma cede de improviso al inefable contagio de aquellas ilusiones de tan extraña y fascinadora grandeza.

Con una sola mirada,  
La Reina vió en aquel hombre  
De la inspiración celeste  
Los divinos resplandores;  
Y él, de una mirada sola,  
La grandeza reconoce  
Y la inteligencia suma  
De la Reina que le acoge.

Aquellas dos almas se hallaban entonces á un mismo nivel, y el más alto á que puede remontarse la humana condición. La Reina escuchaba con asombro y admiración á aquel hombre inspirado, que le parece un ángel ó un profeta.

Abarca su entendimiento  
El vasto plan, que doctores,  
Reyes, repúblicas, pueblos  
Juzgan quimeras informes.  
Ve la expedición segura,  
Y ya en ignotas regiones

Triunfante la fé de Cristo,  
Con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas,  
Que hácia sus vasallos corre,  
Y una gloria y poderío,  
Que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma,  
Del cielo ayudada entónces,  
Ve aun más que el piloto mismo,  
Aun más alto que él alzóse.....

Quítase la alta diadema,  
Y de su pecho recoge  
Las riquísimas insignias,  
De incalculables valores;

Las joyas y pedrería,  
Los brazaletes y broches  
Que sus brazos y su cuello  
Engalanaban, y pone

Aquella breve riqueza  
(Breve, sí, pero de enorme  
Precio) encima del bufete,  
Y «toma», dice á aquel hombre,

«Toma; emplea este tesoro,  
»Sin que nadie te lo estorbe,  
»En cumplir el pensamiento  
»Que Dios te ha inspirado.—Corre,

»Vuela: en naves castellanas,  
»Mares nunca vistos rompe,  
»Arrostra las tempestades,  
»Tu estrella los vientos dome.

»Lleva á ese ignorado mundo  
»Los castellanos pendones,  
»Con la santa fé de Cristo,  
»Con la gloria de mi nombre.

»El cielo tu rumbo guie,  
»Y cuando glorioso tornes,



» Oh Almirante de las Indias ,  
» Duque y Grande de mi córte ,  
» Tu hazaña bendiga el cielo ,  
» Tu arrojo al infierno asombre ,  
» Tu gloria deslumbre al mundo ,  
» Abarque tu fama el orbe .»

En tanto que así decia  
Reina tan ilustre, sobre  
Su cabeza colocaba,  
Con altas aclamaciones,  
Un ángel corona eterna  
De luceros y de soles,  
Que mientras más siglos pasan,  
Adquiere más resplandores.

¡Decidme, Señores, si esta poesía, en la cual, hermanando el lirismo y la narracion, engalana el poeta la relacion de los hechos con los atavíos fantásticos de la imaginacion cordobesa, no es la poesía épica, tal como la comprende y la siente el pueblo español!

Pues volved ahora la vista á los hechos de la edad presente, que se ofrecen á nuestros ojos con la realidad descarnada, sin ese velo de ilusion y prestigio con que el tiempo lo engrandece y lo idealiza todo, y veréis asomar tambien la vena épica en cuanto cabe en la inspiracion contemporánea. Recordad el romance titulado *Bailén*. Al trazar con mano maestra la conmocion que produce en Sevilla la invasion francesa, describe así la unidad de esfuerzos y de senti-

mientos que la indignacion patriótica produce en todas las clases de la sociedad :

Súbito clamor confunde  
Las ántes tranquilas auras,  
Y agitado el pueblo inmenso,  
Hierva en las calles y plazas.  
Plebeyos, nobles y grandes,  
Canónigos, hombres de armas,  
Frailes, doctores, artistas,  
Traficantes y garnachas,  
Sólo un cuerpo humano forman,  
Donde sólo vive un alma,  
Que un solo afán precipita,  
Y que un solo grito lanza.

Con el estilo, llano á par que hiperbólico, que aquí tanto halaga y recrea, hace de Napoleon, agresor injusto, pero conquistador maravilloso, la siguiente magnífica pintura :

De oro, de hierro, de barro  
Inmensurable coloso,  
La frente en las altas nubes,  
El pié en los abismos hondos;  
De infierno, de cielo y tierra  
Un incomprendible aborto,  
Un prodigioso compuesto  
De ángel, de hombre y de demonio,  
Alzó de Francia perdida,  
Con su brazo portentoso,  
Para en él tomar asiento,  
El despedazado trono;

Ídolo de doce siglos,  
Y de cien monarcas sólio,  
Que desaparecer vió el mundo  
Terrorizado y absorto.....  
Alzóle, pues (para tanto  
Dios le dió fuerzas á él solo),  
Y aun juzgó para su mole  
Pedestal tan grande poco;  
Y desde él mandaba el mundo,  
Llevando de polo á polo,  
De tempestades armada,  
La fuerte mano á su antojo.....  
Con un ceño de su frente,  
Con un volver de su rostro,  
Desaparecian imperios  
Y se trastornaba el globo.

Despues de referir con nobles y poéticos rasgos el triunfo de Bailén, alcanzado por los bisoños guerreros del Guadalquivir, que marchan á combatir con las soberbias y ostentosas huestes francesas

Sin pomposos atavíos,  
Sin voladores penachos;  
La justicia de su parte  
Y la razon de su bando,  
Con Dios en los corazones  
Y con el hierro en las manos,

da este poético y elevado remate al admirable romance de *Bailén* :

¡ Viva España!! gritó el mundo,  
Que despertó de un letargo.

Al grande estruendo, apagóse  
En el firmamento un astro.  
Y al tiempo que ante las plantas  
Del noble caudillo hispano,  
Dupont su espada rendía  
Y de sus sienes el lauro,  
Desde el trono del Eterno  
Dos arcángeles volaron :  
Uno á dar la nueva al polo,  
Su nieve en fuego tornando;  
Otro á cavar un sepulcro  
En Santa Elena, peñasco  
Que allá en la abrasada zona  
Descuella en el Océano.

¿No veis, Señores, en este nuevo ejemplo, otra forma de la entonacion épica, á un tiempo narrativa, lírica y fantástica, que cuadra á la índole peculiar del pueblo español? Pero ¿para qué os lo pregunto? La emocion que os causa ese noble y popular lenguaje, lo está diciendo más alto que todas las teorías deliberadas de la crítica. Podrá notarse que el romance á *Bailén* encierra vuelos y arranques de imaginacion que pertenecen al lirismo elevado de la oda, parto exclusivo casi siempre de entusiasmo pasajero, y creerse, por consiguiente, que carece del carácter sereno de la poesía épica, la cual refiere, juzga, razona, y parece destinada á perpetuar la memoria de grandes hechos y de sentimientos sublimes. Pero no ha de olvidarse que toda poesía, hasta la

*épica*, no en su acepción convencional, sino en la significación genuina y elevada que le atribuye la crítica filosófica, toma en su forma el sello particular de las razas y de los tiempos. El DUQUE DE RIVAS, que era andaluz, y que odiaba aquella pérfida agresión con todo el indómito ardimiento del pueblo español, cuando escribía (treinta años después del suceso), aún sentía vibrar en sus oídos y en su corazón la voz de la Giralda,

Que al huracán ensordece,  
Sobrepuya á las borrascas,  
Conmueve la baja tierra,  
Y el firmamento traspasa;  
Guerra pregonando al mundo,  
Á guerra convoca y llama  
Á toda la Andalucía,  
Á toda la extensa España.  
Y ciñe la erguida frente,  
Al llegar la noche opaca,  
De una corona de hogueras  
Que viento y lluvias no apagan;  
Bandera del fuego santo  
Que se ha encendido á sus plantas,  
Cráter del volcán tremendo  
Que en la gran Sevilla estalla.

¿Qué mucho que quien así se conmovía al recuerdo de aquel grande impulso nacional, levantara el tono, frizando con la oda, en esa forma vehemente, tan esencialmente española y tan adecuada al ro-

mance castellano, que con su incomparable flexibilidad puede, al acaso de las ideas, cambiar de entonacion, sin disonancia y sin menoscabo de su carácter popular?

El DUQUE DE RIVAS llamó *históricos* sus *Romances*. Aquellos que han leído sus obras, saben bien que esta calificación de *históricos* es aventuradísima, si se toma esta palabra por la oferta de una certidumbre absoluta, semejante á la que deben tener las relaciones oficiales. Quien así la entendiese, veríase grandemente chasqueado al encontrar en los *Romances* anécdotas mal averiguadas y acaso no muy verosímiles. *Roldan*, el arcabucero sevillano, presentando al rey Francisco Primero una bala de oro de dos onzas, expresamente fundida para matarle, y asimismo cinco de plata destinadas en la batalla á otros tantos caudillos franceses, apénas consiente el exámen crítico de la historia. Antes de la batalla de Pavía, las heroicas huestes del Marqués de Pescara y de Antonio de Leiva llegaron á tan apurado trance pecuniario, que para dar á las tropas tudescas, movidas por el interés, no la paga entera, que esto era imposible, sino un exíguo socorro, fué indispensable recoger y acuñar toda la plata de los templos, y, lo que es más, que los soldados españoles dieran por el momento,

con admirable abnegacion, lo poco que tenian, para calmar la impaciencia de sus compañeros de Alemania. ¿Cómo, en tan angustiosas circunstancias, un simple arcabucero habia de fundir balas de oro y plata por satisfacer un antojo caballeresco?

Deleznables son sin duda sus fundamentos tradicionales, y sin embargo, bajo cierto punto de vista, nada más histórico que esta peregrina anécdota y otras semejantes que abundan en los *Romances*. La bala de oro del arcabucero Roldan es una especie de parábola que hubo de brotar espontáneamente de la imaginacion popular de los soldados. No encierra la verdad de un hecho, pero sí la de un sentimiento. La *bala de oro*, destinada al Rey por un arcabucero, representa, en la soldadesca, aquella misma veneracion á la majestad de los reyes, de que hacen tan noble gala los caudillos vencedores besando la mano de rodillas al monarca vencido, en el campo mismo de batalla.

En la inflexibilidad con que acusa á los doctores y maestros de la insigne Salamanca de haber tratado altivos á Colon *cual convicto reo*,

Y de informar á la córte  
Con el más alto desprecio,  
De visionario y de loco  
Prodigándole dicitérios,

ofrece otro ejemplo el DUQUE DE RIVAS de la facilidad con que los poetas populares hacen eco á creencias generales erradas. Innumerables autoridades, entre las cuales se cuentan D. Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, el esclarecido Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, y el mismo Colon, no dejan duda en sus escritos, del singular patrocinio que hallaron en Salamanca el grande hombre y su maravilloso intento. En el convento de San Estéban, adonde llegó, en 1484, y en el cual estuvo largo tiempo aposentado, encontró quien le atendiese y le entendiese. El prelado del convento le acompañó á la córte con sabios religiosos y maestros, convencidos por las razones de Colon y subyugados por la grandeza de sus designios; distinguiéndose entre todos el docto maestro Fr. Diego de Deza, primero catedrático de Salamanca, y despues maestro del príncipe D. Juan, inquisidor general, arzobispo de Sevilla y arzobispo electo de Toledo. Este eminente varon, que tenía fácil acceso en la cámara de los Reyes, les encarecía la inmensa importancia de sus proyectos, y no se apartó de su amigo hasta que éste logró la realizacion de su grandioso objeto.

El mismo Colon, en una carta que escribió al Rey,



y que Fr. Bartolomé de las Casas vió original (*Historia general de las Indias*, lib. I, cap. xxix), dice :  
» que debian los Reyes Católicos las Indias al maestro  
» Fr. Diego de Deza y al convento de San Estéban  
» de Salamanca<sup>1</sup>.»

Ya veis, por estos dos ejemplos de diversa índole, que el DUQUE DE RIVAS, aun en los romances que

<sup>1</sup> « Colon celebró muchas conferencias con los matemáticos de la universidad en Valcuevo, granja del convento de San Estéban, á dos leguas de Salamanca, en cuyo término hay una pequeña eminencia, que conserva el nombre de *Tesso de Colon*. Los profesores calificaron de realizable el proyecto.... Es esto poco extraño tratándose de una universidad donde en el siglo xvi se enseñaba por estatuto el sistema de Copérnico, poco despues de haberle publicado su autor, en 1543.» (ÁLVARO GIL SANZ, *Revista Salmantina*, 1852.)

Don Fernando Pizarro, en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo* (Vida de Colon, cap. III), dice así :

« Determinó Colon de ir á la universidad de Salamanca, como á la madre de todas las ciencias en esta monarquía. Halló allí grande amparo en el insigne convento de San Estéban, de padres dominicos, en quien florecian en aquella sazón todas las buenas letras; que no solamente habia maestros y catedráticos de teología y artes, pero aun de las demas facultades matemáticas y artes liberales. Comenzaron á oírle, y á inquirir los grandes fundamentos que tenía, y á pocos días aprobaron su demostración, apoyándole con el padre maestro Fr. Diego de Deza, catedrático de prima, de teología, y maestro del príncipe don Juan.»

Pueden ser consultadas, para mayor ilustración, las noticias contenidas en la erudita nota que acompaña á la *Memoria sobre la universidad de Salamanca*, escrita, algunos años há, por el reverendo padre Fr. Pascual Sanchez, del Orden de Predicadores, catedrático de teología de la misma universidad.

llama *históricos*, acepta sin escrúpulo y sin exámen cuanto el pueblo cree, siente ó imagina. Pero esta misma facilidad irreflexiva del poeta es lo que da á sus obras el sello nacional que todos admiramos en ellas. Un escritor ilustre ha dicho con razon que las novelas históricas de Walter Scott valen más que la historia misma. Esta feliz paradoja encierra profundo sentido crítico. Walter Scott, en medio de las creaciones de su inventiva, pone el más escrupuloso esmero en seguir fielmente las tradiciones, y en arrancar las figuras históricas del pensamiento popular. Así hizo el DUQUE DE RIVAS; así han hecho inñstintivamente todos los poetas populares. Todos ellos han estudiado, aun más que la historia que escriben los cronistas oficiales, la historia que el pueblo discurre y adivina. Ésta es más poética, y no por cierto mucho más incompleta y engañosa que la otra. No describen fielmente los *Nibelungen* y el *Romancero del Cid* las figuras reales y verdaderas de Sigfrido, de Atila y del *Campeador*; pero en esos personajes míticos que crea la fantasía popular, hallais el retrato de la grandeza moral de las naciones germánica y española, como no saben ni pueden hacerlo jamas los más aventajados analistas. Hé aquí cómo los pueblos-poetas, pintándose á sí propios en

personajes quiméricos y en anécdotas novelescas, legan á la posteridad en esos aparentes juegos de la imaginacion, monumentos de realidad histórica, padrones de gloria, que la crítica más austera no puede desatender y mucho menos desdeñar.

De esta naturaleza es el valor *histórico* de los *Romances* del DUQUE DE RIVAS. Nada más popular que su inspiracion. Eco de la nacion que tanto amaba, es uno de los raros poetas en que la personalidad del autor no asoma casi nunca; y no es modestia ni sistema; es mero instinto, es impulso irreflexivo del alma, y por eso su poesía es tan espontánea y tan eminentemente española.

De la poesía histórica, así entendida, á la leyenda tradicional no hay más que un paso. El DUQUE DE RIVAS se hallaba siempre en su natural esfera allí donde podia sentir y pintar los instintos y los impulsos nacionales, ya fuesen nobles y heróicos sentimientos, ya preocupaciones y singularidades de raza y de costumbres. Tres bellísimas leyendas dejó escritas. Únicamente os hablaré de *La Azucena milagrosa*, no sólo porque es la más notable, sino porque toma en ella un vuelo nuevo y verdaderamente extraordinario el númen del poeta. El asunto es, como sabeis, el cuadro de una desgracia inmensa, trabajosamente

aplacada y redimida por la penitencia y la fé. Nuño Garceran no es de esos seres desgraciados que, á la manera de *Werther* y *Manfredo*, labran su desventura trastornando los sentimientos morales con extravíos metafísicos. Mató á la esposa adorada en un arrebato de celos infundados, y las angustias dolorosas, ya místicas, ya positivas, de su vida, no son más que las consecuencias que lógica y naturalmente habia de acarrear aquella horrible catástrofe al amante, al caballero y al cristiano. El DUQUE DE RIVAS no comprendia esos personajes de la musa romántica, que empleando encarnizadamente todas las fuerzas del entendimiento en exacerbar llagas artificiales del alma, se privan voluntariamente de los consuelos del cielo y de la tierra. Con el alma sana y serena, el poeta español acepta el mundo tal como se lo presenta la Providencia, y, á pesar de las imperfecciones terrestres, unas veces resignado, otras contento, no sabe vivir mal avenido con la vida. Por eso su imaginacion puede retratar penitentes y desgraciados, pero no misántropos ni suicidas.

Y no se diga que no sabe ahondar en las aflicciones místicas del alma humana. Ahí está, para demostrar lo contrario, la figura de Garceran, magnífico emblema del amor, del remordimiento, de la fla-

queza humana, de la rehabilitacion ascética y de la influencia divina. Garceran no se complace en destrozarse su alma, aniquilando en ella con abstracciones temerarias la fuente de los afectos verdaderos. En vez de entregarse sin causa á las dolorosas quimeras de un alma enferma y descaminada, siente males reales y positivos, en perfecto acuerdo con los impulsos de la conciencia humana. Es un trasunto luminoso de esos corazones ardientes que no saben consolarse ni olvidar, y arrastran por todas partes, sin alivio y sin esperanza, las pesadas cadenas de su arrepentimiento y de su pena. Busca refugio en la religion, pero su conciencia amedrentada tarda largos años en encontrar la paz. La lucha interna del cenobita, sus mentales delirios, las dudas de su salvacion, las sugerencias del orgullo, que le representa de cuando en cuando imágenes de sus glorias pasadas y le hace perder terreno en la perfeccion mística á que aspira, constituyen uno de los trozos más notables de poesía fantástica que ha producido la Europa moderna. No habréis olvidado cómo pinta el poeta las tentaciones de soberbia mundana que asaltan el combatido espíritu de Garceran, antiguo y glorioso partícipe de la conquista de Granada, del descubrimiento del Nuevo Mundo y de la conquista de Méjico.

Cierto estoy que no ha de pesaros oír de nuevo  
algunas estrofas, que recuerdan la entonación lírica  
de Manzoni :

Cuántas veces al lúgubre  
Morir de hermoso día,  
Cuando en vapores fêrvidos  
Su melena escondía,  
Como cadáver pálido,  
El moribundo sol,

. . . . .  
El penitente tétrico,  
Sobre un risco eminente,  
El rostro melancólico,  
Inclinada la frente,  
Por un inmenso cúmulo  
De recuerdos vagó.

. . . . .  
Vió los ricos alcázares  
De la gentil Granada,  
Y cual su hueste intrépida  
Triunfaba, entusiasmada  
Con el pendon católico,  
Orillas del Genil.

Del combate el estrépito  
Y el gran rimbombe oía,  
Y las banderas árabes  
Á sus plantas veía,  
Y su celada fúlgida  
Orlada de laurel....

Se hinchaba su alma mísera  
Con la antigua victoria,  
Anhelaba frenético

Nuevos dias de gloria,  
Y las artes diabólicas  
Casi triunfaban de él.....

Ya mudándose rápida  
Aquella vista extensa,  
Del borrascoso Atlántico  
Ve la llanura inmensa,  
Y alzar sus ondas túrgidas  
Bramando el aquilon;

Y cruzar impertérrita  
Una nave española  
Aquel airado piélagos,  
Frágil, cascada, sola,  
Pero firme, que anímalas  
El alma de Colon.

. . . . .  
Y luégo ve las hórridas  
Batallas fabulosas,  
De bárbaros sin número  
Las huestes espantosas,  
Y oye los terroríficos  
Atabales que oyó.

. . . . .  
Y al fin ve á la gran Méjico,  
La reina de Occidente,  
La orgullosa, la espléndida,  
Humillar la alta frente  
Del General hispánico,  
Que él ayudó, á los piés.

Y vése en tan magníficos  
Combates el primero,  
Y goteando cálida  
Sangre su noble acero,  
Y aplaudirle los héroes,  
Y el mismo Hernan Cortés.

Y la espada fulmínea  
Y la lanza echa ménos,  
De cañones horrísonos  
Ánsia escuchar los truenos  
Otra vez, y avergüénzase  
De su humilde sayal.

. . . . .  
Mas el celeste espíritu,  
Que, en torno de él volando,  
Lo defiende solícito  
Del diabólico bando,  
Con sus alas angélicas  
Le tocaba la fáz;  
Y en sí tornando, trémulo  
Al Señor invocaba,  
Y con acerbas lágrimas  
Su piedad imploraba  
Contra las artes pérfidas  
Del infierno tenaz.

¡Qué magnífico cuadro! ¡Qué profundo conocimiento de las veleidades del corazón! ¡Cuán grande y cuán español es el poeta que así sabe imbuir en su mente esa especie de mística cristiana, y levantar al propio tiempo la fantasía á la altura de las gigantes glorias de aquel siglo de prodigios y de grandeza! ¡Granada! ¡Colon! ¡Hernán Cortés! El DUQUE DE RIVAS no siente el eco de estos mágicos nombres con la admiración serena que ha creado el trascurso de los siglos. Su imaginación poderosa le transporta á aquellas remotas edades; siente y se enar-



dece y sueña, como lo hacian sin duda los contemporáneos de aquellos sublimes descubridores, y, lo que es más, junta instintivamente como ellos la religion y la gloria en alianza fecunda y venturosa. ¡Cuán claramente se trasluce el poeta de nuestra patria en aquel ángel solícito que, en los momentos de mayor turbacion de ánimo para Garceran, toca su frente con las alas, y de improviso le fortalece y le consuela. Á los poetas de las naciones del Norte les bastaria acaso la expresion directa de los movimientos de un espíritu atribulado; para nuestro poeta, la voz del alma y el influjo de la gracia divina son las alas del ángel. En los pueblos meridionales, la idealidad religiosa nunca parece tan cabal, tan perceptible y tan simpática como cuando se halla revestida de imágenes y de colores.

Del teatro del DUQUE DE RIVAS ¿qué puedo decir en este rápido y somero estudio? No os maraville que, despues de hablar de sus leyendas, me asalte, como por una transicion natural, el recuerdo de sus mejores dramas, *Don Álvaro* y *El Desengaño en un sueño*. ¿Qué son éstos, sino verdaderas leyendas?

*Don Álvaro*, lanzado como por sorpresa en una sociedad mal preparada todavía á innovaciones extremadas, pareció á muchos una tentativa temeraria,

casi un escándalo literario. En la escena española de 1834 era *Don Álvaro* en realidad una osadía, pero una osadía de ésas que forman época en la historia de las trasformaciones literarias.

España, desde el advenimiento de la casa de Borbon, no habia vuelto á tener literatura verdaderamente española. Exótica inspiracion, mal ingertada en el tronco, aun robusto, de nuestra antigua nacionalidad, no habia producido en él la sávia generosa y libre que hizo brotar en otro tiempo la poesía heróica ó galante, mística ó caballeresca, del pueblo español: nuestros romanceros y nuestro espléndido teatro. Francia, imitadora de España en tiempo de Luis XIII, como ántes lo habia sido de Italia en tiempo de los Médicis, acabó por avasallar todas las literaturas de Europa con la acompasada pero esplendorosa literatura del reinado de Luis XIV. Su influencia en España sacó indudablemente á las letras españolas del abismo en que habian caido con la agonía de la casa de Austria, pero las despojó al propio tiempo de su vitalidad y de su grandeza. Fueron para ellas como aquellos argelinos que salvaban al náufrago para atarlo con las cadenas de la esclavitud.

Los escritores franceses de la *Restauracion* sintieron de lleno la conmocion literaria que habian pro-

ducido los críticos y los poetas de la romántica Alemania. Desnaturalizaron y exageraron, como suele hacerlo la Francia para asimilarlas á su índole peculiar, las ideas nacidas en extrañas tierras. Empezó á admirar sinceramente y á imitar la literatura inglesa, que ántes habia admirado Voltaire como á regaña-dientes, confirmando en realidad el desvío con que era mirada entre los franceses <sup>1</sup>. Los románticos franceses eclipsaron en este siglo, con la inmoralidad cínica y refinada de sus creaciones, aquellas pinturas audaces que, aludiendo á Shakspeare, llamaba el último siglo *monstruosidades británicas*. Una revista inglesa de aquel tiempo, que nunca he olvidado, tal vez porque llegó á mis manos en edad aun temprana<sup>2</sup>, se entretuvo donairosamente en formar una estadística criminal de los diez dramas más famosos, y á la sazón más admirados de la escuela romántica francesa<sup>3</sup>. Encierran estos dramas ocho mujeres adúlteras, cinco prostitutas, seis víctimas de la seducción, cuatro madres enamoradas cada una de ellas de su propio hijo, once amantes de ambos sexos

<sup>1</sup> *Sauvage ivre*, llamaba Voltaire á Shakspeare, tan inmensamente superior á él en el conocimiento del corazón humano.

<sup>2</sup> *Quarterly Review*.

<sup>3</sup> Todos ellos son obra de dos autores eminentes: *Victor Hugo* y *Alejandro Dumas*.

que asesinan al objeto de su ternura, seis bastardos que se ensañan contra la sociedad y la legitimidad del nacimiento, y otras lindezas de tan escabroso linaje que la decencia pública me obliga á callarlas en este respetable recinto. Shakspeare no anda á caza de peripecias de melodrama, que no podrían satisfacerle; los crímenes no constituyen en sus obras la esencia del drama, cifrada siempre en un profundo estudio de caracteres y de pasiones, que son los elementos eternos del arte. ¡Cuán superior á los engreidos reformadores del siglo XIX es, en esta parte trascendental, aquel sublime *bárbaro* del siglo XVI que toca tan de cerca á la rudeza de la edad media!

En este estado de anarquía dogmática y de moral trastorno encontró Saavedra la literatura francesa, cuando se formó su gusto y se maduró su entendimiento. No imagineis que comprendió en aquellos tiempos, en que blasonaba de neófito de la nueva escuela, todo el horror moral que bajo los hechizos del talento se escondía en las obras que absorbían la atención de la Europa entera. Llamábanse los apóstoles privilegiados *Víctor Hugo*, *Alejandro Dumas*, *Alfred de Vigny*, y aun conservo abundante copia de cartas de nuestro poeta, que prueban cuán

fascinado se hallaba entónces por la novedad, por la fama, por el ingenio, por la extrañeza misma de aquellas obras singulares. Cerca estaba Saavedra de caer en el abismo que se le presentaba con tan seductoras apariencias. Le salvó del riesgo su generoso y nacional instinto. El *Don Álvaro* era sin duda el acto de audacia de quien rompe abiertamente con las doctrinas consagradas; pero este acto de audacia, pasada la primera sorpresa, fué en breve sancionado por la opinion, abriendo campo á la literatura dramática, porque aquello que parecia nacido de impulso extranjero, no era en realidad, merced al sello eminentemente español estampado en aquel drama extraordinario, sino la resurreccion de las verdaderas tradiciones de nuestro teatro en la era de su independencia y de su gloria.

Si algunos de sus *Romances* son en la estructura dechados de sobriedad y de armonía, emanadas siempre de las circunstancias y naturaleza del asunto mismo, que instintivamente siguen y respetan los grandes intérpretes de la musa popular, los dramas del DUQUE DE RIVAS, á excepcion de *Solaces de un prisionero*, trasunto feliz y ordenado del espíritu y de las formas de nuestros dramáticos antiguos, carecen en gran parte de aquellas prendas de tan alta

valía. Y, forzoso es confesarlo, el encadenamiento lógico que se advierte en ellos, ántes que fruto de la meditacion, es consecuencia involuntaria, pero no por eso ménos artística, del movimiento adecuado á la idea fundamental de la obra. Plan meditado, estructura sábia y laboriosamente coordinada, estudio prolijo de las condiciones escénicas; circunstancias son éstas en que estriba á veces el éxito de las producciones teatrales, y que suelen ser el principal fundamento de la gloria de algunos autores. Pero otros, que carecen de este don precioso, reciben del cielo, como compensacion sobrada, el de alzar su númen á una altura adonde llegan rara vez los idólatras de las formas convencionales. Son como el águila, que se remonta y gira en la region de las nubes sin rumbo fijo y premeditado, por mero deleite de su altivez, y como gozándose en salir por algunos momentos de la cárcel terrestre. Así eran el Dante y el Ariosto; así era Shakspeare; así tambien los grandes trágicos griegos, que en realidad no ataban su estro poético sino con las cadenas de la verdad, que son los lazos sagrados del arte. Los autores trágicos franceses, enredados en pomposas trabas inventadas por ellos, calumniaban al teatro griego cuando se proclamaban sus imitadores. Pocas cosas hay más

libres, más sencillas, más populares, y por lo mismo más distantes del teatro elegante y ceremonioso de Racine y de Voltaire, que el teatro griego. ¿Cómo, con su compostura y sus atildamientos aristocráticos, habian de atreverse estos escritores á presentar en el teatro de Versalles, ante un público de marqueses melindrosos y perfumados, á *Nausicaa*, princesa de Corcira, lavando la ropa en el río<sup>1</sup>; á *Ajax delirante*, en medio de un cúmulo de vacas y carneros, que, á guisa de un D. Quijote anticipado, acaba de acometer y degollar, tomando las reses por guerreros griegos<sup>2</sup>; á Hércules, ora coronado de mirto, bebiendo y hablando con intemperancia y escándalo en el palacio de Admeto, donde se están celebrando las honras funerales de su esposa<sup>3</sup>, ora, convulso, dando á los espectadores el repugnante cuadro de los agudísimos dolores que le causa la túnica envenenada de Deyanira<sup>4</sup>; ó en fin, por no citar más ejemplos de los innumerables que ofrece la escena griega, á *Filoctetes*, cuyo interés principal estriba en su llaga

<sup>1</sup> Este recuerdo de la llaneza de las costumbres en los tiempos heroicos no se halla solamente en el teatro griego; ya Homero lo habia introducido en la epopeya. (*Odisea*, canto vi.)

<sup>2</sup> *Ajax furioso*, de Sófocles.

<sup>3</sup> *Alcèstes*, de Eurípides.

<sup>4</sup> *Las traquinianas*, de Sófocles.

fétida y asquerosa<sup>1</sup>. Sófocles y Eurípides se atreven á tanto, porque la musa dramática griega se atrevia á cuanto llevaba el sello de la verdad ó la autoridad de la tradicion. Tambien el teatro griego era un teatro de leyendas nacionales, en que la religion y la historia iban envueltas en el velo poético de los siglos.

El DUQUE DE RIVAS pertenece á esta raza de poetas libres y un tanto desmandados. Las leyendas del pueblo español, ya históricas, ya fabulosas, confundidas, ó no, en las sombras de las preocupaciones y de las quimeras populares, eran su inspiracion. Algunos han tachado en el *Don Álvaro* la tendencia *fatalista* que creen ver dominante en la obra. Pastor Diaz, que sinceramente lo admiraba, no titubea en afirmar que «el objeto de este drama es el mismo que el de la antigua tragedia griega: la fatalidad»; y le juzga, por consiguiente, poco acomodado al espíritu cristiano y á las costumbres y al carácter de nuestro siglo y de nuestra religion. Preguntad al público español que asiste al teatro, desprevenido y ajeno de teorías, y él os responde con su aficion y sus aplausos que ve retratados su honor, su denuedo y sus preocupaciones en los personajes del *Don Álvaro*. Al DUQUE DE RIVAS no le pasó siquiera por las mientes

<sup>1</sup> *Filoctetes*, de Sófocles.



que escribía un segundo *Edipo*, como tantas veces han llamado á *Don Álvaro*.

Habia concebido una especie de leyenda novelesca, adecuada á la pintura de sentimientos apasionados y terribles. La coincidencia y estrecha analogía que se advierte entre muchos de los lances principales de su drama y los de una novela de Mr. Prosper Mérimée, «*Les âmes du Purgatoire*», publicada en París más de un año ántes de la representacion del *Don Álvaro*, casi no dejan duda de que el DUQUE DE RIVAS recibió de la novela francesa el primer arranque y como el embrion de su obra dramática.

Esta misma novela logró el honroso privilegio de inspirar igualmente otro drama al famoso Alexandre Dumas (*Don Juan de Marana*). Pero esto no quita á los dramas español y francés el mérito de la originalidad, que es en ambos tan grande cuanto cabe en obras literarias. Así el DUQUE DE RIVAS como Dumas toman de Mérimée, entre otras cosas, el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada como único medio de exasperar á un monje hasta el punto de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que había amado; lance que ocurrió en Francia, y segun se cree, en el cercado de la Cartuja de París, donde hoy se

halla el palacio de Luxemburgo, y que el ilustre escritor francés encontró consignado en memorias antiguas <sup>1</sup>.

Pero los dos autores dramáticos han tomado de la novela «Les âmes du Purgatoire», como Shakspeare tomaba de las novelas de Giraldi Cynthio, de Boccaccio y de Belleforest, aprovechando los hechos, pero transformándolos, ó modelándolos segun la índole y el alcance de su númen y el carácter peculiar de su tiempo y de su país.

Así es que cada uno de los tres escritores, Mérimée, DUQUE DE RIVAS y Dumas, caminan por sendas diferentes, y en nada se parecen esencialmente en sus obras respectivas ni el enredo, ni las tendencias morales, ni las costumbres, ni los caracteres. Así, por ejemplo, el héroe de la novela es un malvado sin fé, sin afectos, que no teme ni á Dios ni á los hombres: el héroe de Dumas no es un individuo

<sup>1</sup> Cannes (Alpes Maritimes), 1.<sup>er</sup> Février 1866.

.....  
*Le duel du moine avec le frère de la femme séduite a été pris par moi dans de vieux mémoires. L'aventure a eu lieu en France, et si je ne me trompe, dans l'enclos des Chartreux à Paris: c'est le Luxembourg actuel. Si j'étais à Paris, je pourrais vous indiquer le nom du livre.*  
.....

(Carta de Mr. Prosper Mérimée al autor del presente Discurso.)

de la familia humana; es un ideal de perversidad impía, un emblema de corrupcion mundana, que, como el *Don Juan Tenorio* de Tirso de Molina y el *Fausto* de Marlowe y de Goethe, pertenece á la categoría de creaciones fantásticas: *Don Álvaro* no es ni el libertino desalmado de Mérimée, ni el personaje emblemático de Dumas, miembros los dos, á pesar de sus diferencias, de la série de *Don Juanes*, que tanto han contribuido á popularizar Molière, Tomas Corneille, Shadwel, Zamora, Mozart y Zorrilla, y cuyo prototipo es *El burlador de Sevilla*, de Tirso, como acaso su gérmen *Dineros son calidad*, de Lope de Vega. *Don Álvaro* es un sér desgraciado y no exento de culpa, que interesa más que aquellos héroes depravados, porque toca más de lleno á la humanidad con sus pasiones y sus remordimientos.

Ayudóse el DUQUE DE RIVAS, para hacer la fábula más simpática y popular, de las tradiciones de su tierra natal, como la de la mujer penitente de las cercanías del convento de los Ángeles de Hornachuelos<sup>1</sup>; lo demas lo hicieron su talento y sus instintos

<sup>1</sup> Segun la tradicion histórica, la famosa *mujer penitente* de las cercanías de Hornachuelos fué una señora distinguida de la córte de los Reyes Católicos, la cual, un año despues que éstos visitaron el convento de Santa María de los Ángeles, esto es, en 1495, se retiró á una gruta, en aquel lugar desierto, para consagrarse á la vida ascética y penitente. Algunos

españoles. Llamó tambien el autor á su drama *La fuerza del sino*, y esto ha contribuido á que se interprete su objeto erradamente. Este *sino* del pueblo

años despues fué casualmente descubierta por Fray Juan de Síles, que desde entónces fué su director espiritual, hasta su muerte, acaecida en 1505. (Véase la *Crónica* de Fray Juan de Guadalupe.)

Una obra dramática del siglo xvii (*El escándalo del mundo, y prodigio del desierto*, Coloquio de la mujer famosa, en tres actos, por D. Fernando Pedrique del Monte, natural de la Puebla de los Ángeles, de la Orden tercera de N. S. P. San Francisco.—Por Andrés Carrillo; Córdoba, 1674) presenta á la *mujer penitente* con muy distinto carácter. Segun este *Coloquio*, que es una leyenda simbólica, arreglada al antojo del autor, la mujer penitente no era dama de la córte, sino una mujer codiciosa y liviana, llamada Aurora, que, durante su vida desenfrenada y llena de criminales aventuras, que causan la muerte á más de veinte galanes, sabe que los Reyes Católicos han formado el propósito de ir á visitar el convento de los Ángeles despues de la conquista de Granada, y resuelve ir tambien allá, no movida por fervorosa devocion, sino por creer propicia la ocasion para sus profanos designios. Ella misma lo dice:

Veré de nuestros Reyes la grandeza,  
Del sitio la aspereza;  
Y, en fin, lucir espero  
Entre tanto señor y caballero.....

Pero apénas llega Aurora á la montaña de los Ángeles, siente cierto embeleso misterioso al aspecto de aquellas alturas escarpadas. Hasta entónces no habia tenido eco en su corazon el esplendor de las selvas y de los montes. Sorprendida y cautivada, exclama:

¡Que aquí la naturaleza,  
Entre estos riscos gigantes,  
Labre de flores fragantes  
Tan peregrina belleza!

Crece en su alma la divina influencia. Quiere entrar en la iglesia del monasterio, y hacen vanos esfuerzos para disuadirla de ello su doncella la

español, esta preocupacion del hado, de la fortuna, de la suerte, del acaso, que asoma en todos los pueblos y en todas las edades, no es siempre la *fatalidad* de la tragedia griega. No era esta *fatalidad* mera preocupacion de las gentes; era dogma religioso, aterradora y sagrada creencia. Pacheco, sin explamar su idea, no llamó, como otros, *Edipo* á secas á *Don Álvaro*; lo llamó *verdadero Edipo de la musa católica*; y aunque á primera vista forman extraña alianza lo pagano de Edipo y lo cristiano

*Vanidad*, su criado el *Engaño*, y Luzbel, que toma la figura de Cárlos, su amante, el cual se halla en Flándes, huyendo de la justicia por haber dado muerte á Eusebio, otro galan de la mujer liviana.

La conversion repentina de Aurora es completa. Vende sus bienes, y se retira á aquellas desiertas asperezas para darse allí á la contemplacion y á la penitencia. El Padre Síles la encuentra en ellas, y la asiste, admirando su maravillosa fortaleza. Un día, al ir á verla desde el monasterio, la encuentra muerta, de rodillas, estrechando sobre el corazon la sagrada imágen de Cristo, y prorumpe así, con la entonacion conceptuosa de aquel tiempo, en un arranque de entusiasmo cristiano:

¡Raro prodigio! escalando  
La vaga region del viento,  
Cercada de serafines,  
Camina á pisar luceros.  
¡Mujer venturosa! sube  
De eternas dichas al centro.....  
. . . . .  
Sube á lograr de tus triunfos,  
Laureles de luz eternos,  
No los caducos, que muerde  
La sorda lima del tiempo...  
. . . . .  
. . . . .

de la musa católica, la calificación de Pacheco encierra, si bien en forma enigmática, la esencia de esta explicación. El Edipo de la musa griega era el símbolo de la predestinación, sin culpa, sin remedio, sin esperanza, que convertía al inocente en víctima de un dios injusto é implacable. El Edipo de la musa cristiana representa una idea muy diversa: es el *acaso*, que interviene en las cosas humanas sin contrariar las leyes providenciales, sin poner estorbo al libre albedrío. Don Álvaro, el Edipo cristiano, superficialmente considerado, puede parecer, como ha parecido en efecto á hombres de entendimiento privilegiado, el azote involuntario de una familia entera, el juguete de la fatalidad. Mirad más á fondo, y veréis luego que Don Álvaro no es inocente, y que no lo arrastra fatalmente á la desventura una potestad terrible y misteriosa. Don Álvaro ha arrebatado á Leonor del hogar paterno, violando la moral, el honor y las leyes; Don Álvaro en la vida penitente no ha alcanzado á sacudir de su alma los ímpetus del orgullo mundano, y, extremadas ó no, todas las desgracias que le sobrevienen son consecuencias de sus pasiones y de su delito. La muerte violenta del padre, la de los hermanos de Leonor, y la de Leonor misma, emanan más ó ménos

inmediatamente de la conducta de Don Álvaro, y si la casualidad contribuye á formar aquella cadena de sangrientos sucesos, no lo hace sino ayudando á la mano vengadora de la Providencia. Ved cómo, bien entendida la idea fundamental del drama, la expiacion de Don Álvaro, aunque parezca dura y desproporcionada por su misma exageracion de leyenda, nada tiene en su esencia del espíritu del paganismo, y no es en realidad sino una leccion tremenda de la moral cristiana.

Pero ¿qué importa á nuestro poeta, inspirado por nacional instinto, este análisis que él nunca hizo? ¿Qué le importa tampoco que la unidad del drama consista exclusivamente en la ilacion natural de la infausta vida de Don Álvaro, y que haya escenas enteras, como las dos primeras de la jornada segunda, casi absolutamente consagradas á un cuadro de costumbres, sin el cual sería idéntica la marcha sustancial de la fábula? Lo que le importa es referir, con las galas espléndidas de la poesía andaluza, las tradiciones y consejas que tal vez oyó en Córdoba en los tiempos inolvidables de la infancia; lo que le conmueve y le inspira es la pintura de lo que su patria siente y cree.

Aunque temo prolongar demasiado este Discurso,

algo he de decir de *El desengaño en un sueño*, que es en realidad, ántes que un drama, una magnífica leyenda fantástica. Un mágico anciano vive con su hijo en un islote desierto. El jóven conoce sólo el mundo por los libros de su padre, que le ofrecen á cada paso la imágen de la sociedad humana, con sus vaivenes y sus glorias. Impetuoso y exaltado, no puede resignarse á vivir como un salvaje, vestido de pieles, en una miserable gruta, y condenado á no gozar jamas de las dulzuras del trato humano. Intenta arrojarse al mar para acabar de una vez con la desesperacion que destroza su alma. El mágico Marcolan, con el designio de calmar el violento anhelo del mancebo, le sujeta al imperio de sus conjuros, y le hace experimentar en un ensueño las amargas consecuencias que acarrear el torrente de las pasiones desencadenadas y la satisfaccion de todos los deseos. Sigue el jóven, sin freno y sin medida, la peligrosa escala de todos los deleites humanos, y encuentra al lado del amor los celos y el hastío, al lado de la opulencia la envidia, al lado del poder la traicion, al lado de la ambicion la ingratitud y el crimen.

Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del DUQUE DE RIVAS. Escrita en Sevilla, y por un ingenio tan accesible á las impresio-



nes locales, respira sin embargo cierto espíritu de generalidad y de grandeza que pertenece á todos los tiempos y á todas las naciones. *El desengaño en un sueño*, con ser su entonacion calderoniana, no está léjos de la inspiracion septentrional, y no desdeciria, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron.

Difícil sería determinar cuál fué en la mente del poeta el influjo despertador de esta inspiracion filosófica, que no era habitual en su númen. Él mismo lo ignoraba. La poética idea de dar una leccion moral por medio de un sueño dirigido por influencia mágica, nació sin duda en el Oriente, tan dado á cultivar la fantasía. Todos sabeis que, propagada en Europa desde la edad media, se halla esta idea en la historia de D. Illan el nigromántico, de *El Conde Lucanor* (1345); historia que se ha encontrado igualmente en varios autores franceses y en cuatro ingleses; y que la misma idea está aprovechada con diferentes formas en *La prueba de las promesas*, de Alarcon; en *Don Juan de Espina*, de Cañizares; en *El sueño vida*, (*Der Traum ein Leben*) del aleman Grillparzer, y en varias otras obras, sin excluir una zarzuela de muchos conocida.

Tambien es cierto que la gruta del mágico Mar-

colan y su desierto islote, y su imperio sobre los espíritus, recuerdan la gruta y la isla desierta, y la influencia mágica del encantador Próspero, de Shakspeare<sup>1</sup>. Pero estas afinidades no pasan de la forma. *La Tempestad*, del gran poeta inglés, es una alegoría dramática tan personal, que no falta quien crea ver clarísimamente en *Próspero* al mismo Shakspeare; en *Ariel* á su genio; en *Caliban* á las pasiones viles pero poderosas de la sociedad humana, que le habian causado siempre amargura y escándalo; en *Miranda* á los instintos elevados, puros y generosos que iluminaban y ennoblecian su alma. Así en el drama inglés como en el drama español, cuadro de la insaciabilidad humana, están en juego el amor, la virtud, la ambicion, la rebelion, la perfidia, las grandes pasiones que animan, quebrantan ó robustecen los Estados. Pero de muy diferente manera y con trama y disposicion muy distinta. Los móviles del tumulto humano son en Shakspeare esencialmente alegóricos y *subjetivos*; en el DUQUE DE RIVAS la alegoría y el sueño fantástico se olvidan pronto ante la realidad de los afectos y del movimiento de la vida humana, y ademas el pensamiento es absolutamente *objetivo* y universal.

<sup>1</sup> En el drama *La Tempestad*.

En un punto se encuentran los dos poetas, en la pintura de dos mujeres admirables: *Zora* y *Miranda*, emblemas ambas de la ternura y de la pureza moral. *Zora*, del poeta español, es áun más bella que *Miranda*, porque se paga ménos de las seducciones externas. *Zora*, irrevocablemente fiel, dulce y apacible como los ángeles, desinteresada hasta el punto de desdenar lo que puede alimentar las vanidades femeniles; que cifra en un sentimiento único el mundo, la felicidad y la vida, es una creacion ideal, comparable con las de los más esclarecidos poetas; creacion que deleita y consuela, y lleva el pensamiento al cielo, porque ¿dónde está el modelo de *Zora* en este mundo que habitamos?

Quien notase que es insensato el empeño de Marcolan de que su hijo viva dichoso con la vida solitaria, miserable y estéril de un islote desierto, donde, aplicando la expresion burlesca de un personaje de *La Tempestad*, de Shakspeare, «todo abunda, excepto los medios de vivir», pensaria sin duda segun las reglas comunes de la lógica, pero desconoceria totalmente adónde alcanzan los fueros de los poetas en las obras de imaginacion. ¿Á quién ha ocurrido jamas censurar á Calderon por la supersticion y la crueldad con que en *La vida es sueño* condena el

Rey de Polonia á vivir por siempre encarcelado y sin trato humano á su hijo Segismundo? Los grandes poetas no piensan, ni escriben, ni sienten exactamente como los filósofos. No necesitan buscar la razon lógica y analítica de las cosas; bástales pintar fielmente el cuadro de los afectos y de los sentimientos humanos, y en este cuadro vário é infinito del alma hay una filosofía no inferior á la de aquellos que buscan su esencia en meras abstracciones. Permittedme que os presente un ejemplo de esa diferencia de que os hablo, entre la filosofía del filósofo y la filosofía del poeta. Pascal y Fray Luis de Leon, dos almas tan pródigamente dotadas por la mano divina, experimentan una impresion bien diferente al contemplar el cielo en una noche serena. Pascal exclama: *Me asusta el silencio eterno de esos espacios infinitos.* Fray Luis de Leon mira con delicioso arrobamiento aquel

Templo de claridad y de hermosura,  
De innumerables luces adornado.

La extática contemplacion no inquieta su espíritu.  
Para él,

Allí vive el contento,  
Allí reina la paz, allí asentado  
En rico y alto asiento  
Está el amor sagrado,  
De glorias y deleites rodeado.

Ambos tienen razón, ambos muestran un aspecto verdadero, aunque distinto, del alma humana. Pascal, con el orgullo del filósofo, se desasosiega ante un misterio que su ambicioso entendimiento no alcanza á penetrar. Fray Luis de Leon, con la humildad del poeta cristiano, acata el misterio y se deleita en su grandeza.

No daría cabal cumplimiento á mi propósito ni á la honrosa misión que me ha encomendado la Academia, si, después de haber examinado literariamente la índole de algunas de las principales obras del DUQUE DE RIVAS, no os hablase también, siquiera sea breve y livianamente, de algunas prendas distintivas de su carácter. No ignoráis que el conocimiento del hombre completa el conocimiento del poeta.

Su país fué siempre su amor, su norte y el impulso secreto de las principales acciones de su vida. Pocos ejemplos hay, en nuestro tiempo, en que aparezca más patente la absoluta consonancia del hombre y de la patria. Recordad las grandes vicisitudes de su vida, y veréis que son la consecuencia y como el reflejo de las grandes vicisitudes de la nación. Le sorprende en los albores de la juventud una invasión francesa, y Ángel de Saavedra, mozo de diez y ocho años, miembro de la alta nobleza española, empuña

las armas y es mortalmente herido en el campo de batalla, contento y orgulloso de poder contribuir con su sangre á sacudir el yugo extranjero. Más adelante, cuando no hacen falta los soldados en los campamentos, sino los campeones de los principios constitucionales en las asambleas públicas, el mozo ilustre por su cuna, y rodeado por sus talentos de una aureola de gloriosa esperanza, pugna y se afana por cimentar la libertad política. Sus ilusiones, su inexperiencia, sus preocupaciones y hasta sus extravíos son las ilusiones, la inexperiencia y los extravíos de la nacion. Y cuando llegan los tristes tiempos del despotismo, y con ellos las amargas horas de la emigracion, Saavedra vive oscuro y pobre en Lóndres, en Malta, en París, en Tours; ejerce alguna vez la noble profesion de la pintura, no como recreo del aficionado, sino como refugio del menesteroso, y se honra con ello, porque así puede conservar intacta la independencia de sus principios, y no volver á su patria, que ama con todo su corazon, hasta que pueda respirar en ella el aire de la libertad. Ya en el seno de su patria y en los altos puestos á que le llamaban sus merecimientos y sus sacrificios, no cambiaron sus tendencias liberales. Hizo cuanto estuvo á su alcance por el sostenimiento del trono constitucional, pero

fué más cauto y más circunspecto que en los primeros años de la juventud. El tiempo no habia pasado en balde. Saavedra y la nacion habian aprendido simultáneamente, en la terrible escuela de nuestros infortunios y de nuestras turbulencias políticas, que la libertad y el órden no pueden andar separados, que son absolutamente la misma cosa en los países constitucionales, y que cuando falta el órden, como es la esencia de la libertad, ésta queda reducida á un vano nombre ó á una máscara de la anarquía.

Ni la cultura de sus hábitos, que, por el impulso de las costumbres aristocráticas, eran más europeos que peculiarmente españoles, ni sus viajes, ni su dilatada residencia en países extranjeros, ni el imperio de las modas exóticas que á tantos avasalla, ni otro móvil alguno de aquellos que en almas ménos españolas infunden tibieza ó desvío del fervor de la patria, fueron parte en circunstancia alguna para que se apagase una sola chispa del amor fervoroso que el DUQUE DE RIVAS profesaba á esta noble tierra en que habia nacido.

¡Cuántas veces, há ya muchos años, embebido el ánimo en tristes pero sabrosas pláticas familiares; fijando el pensamiento en las públicas desventuras; recordando con pena la transformacion moral y so-

cial de nuestra nacion, el decaimiento de aquella severa hidalguía que nos hizo en otro tiempo dechado de pueblos nobles y levantados, y la importacion artificial de ideas extranjeras que han estragado ó empobrecido la sávia pura y fecunda de nuestra nacionalidad generosa, solia decirme, paliando con su genial donaire la triste verdad del pensamiento: *Desengáñate; aquí nada hay ya bueno más que las mujeres y los soldados.* Pero en estos mismos arranques de misantropía patriótica, que acababan siempre por tomar en sus labios la forma de su peculiar agudeza, se traslucia que amaba á su patria como aman los verdaderos amantes el objeto de su ternura; esto es, sin restriccion alguna, ó como dice Molière con su elegante naturalidad:

*C'est ainsi qu'un amant dont l'ardeur est extrême,  
Aime jusqu'aux défauts des personnes qu'il aime* <sup>1</sup>.

EL DUQUE DE RIVAS hallaba involuntariamente cierto hechizo hasta en los defectos de nuestras costumbres. Un ejemplo teneis de ello en aquel cuadro misterioso y sombrío de la noche que pasa un viajero descaminado entre bandidos apadrinados por el *Ventero*; cuadro publicado en *Los españoles pintados*

<sup>1</sup> *Le Misanthrope*, acto II.



*por sí mismos.* Ciertó que está muy distante de aprobar las duras ó criminales costumbres que describe, pero su imaginacion de poeta se identifica de tal modo con ellas, que al pintarlas encuentra sólo el lado novelesco, poético ó pintoresco que á veces suelen tener las preocupaciones y hasta los delitos populares. Este dón de prestar interés y belleza hasta á aquello que condenan la razon y las leyes, y esta facultad de asimilacion popular, constituian la fuerza principal de Walter Scott, uno de los hombres de mayor instinto épico de nuestros tiempos, y con el cual tiene en esta parte el poeta español grandes puntos de semejanza.

Donde más resalta el carácter español de la poesía del DUQUE DE RIVAS es en la pintura de los sentimientos morales. Allí campean el espíritu osado, grande, religioso y tenáz de nuestra nacion, y muy especialmente los arranques de honor y lealtad de los caballeros españoles. No os hablaré de aquel arrogante Perez de Aldana, el Almirante de Aragon, que va á París á vengarse del pisoton involuntario que le dió el Duque de Normandía en la iglesia de Monserrate. No me detendré tampoco al recordaros al noble D. Alonso de Córdoba, que, en el momento de trabarse la batalla, se desposa en el campamento

ante el Marqués de Pescara, porque abriga remordimientos, y siente que la turbacion de la conciencia es rémora de su belicoso ardimiento. Pero ¿cómo no parar la atencion en el brioso y magistral carácter que contiene el romance *Un Castellano leal*? El Duque de Benavente, aquel implacable anciano, que cree llevar ventaja al Duque y Condestable de Borbon, no sólo porque nunca manchó la traicion su noble sangre, sido ademas por *haber nacido español*; que desprecia el Toison por ser órden extranjera; y que obligado por Cárlos V á dar hospedaje en su palacio de Toledo al Condestable francés, manda incendiar despues el palacio, con todas cuantas riquezas encierra, para que el fuego purifique sus blasones, contaminados con la presencia de un hombre desleal á su rey y á su patria, es el emblema más expresivo del recio temple, del honor asombradizo, de la altivez nacional, de la lealtad á todo trance del antiguo pueblo castellano, que no transige con los traidores, por más que, cual el intrépido Duque de Borbon, se le presenten como amigos y como auxiliares.

El DUQUE DE RIVAS, eco de los sentimientos del pueblo español, no perdona ocasion de lanzar los anatemas del desprecio sobre esos ejemplos famosos

de deslealtad. El Condestable de Borbon, brillante adalid de las huestes de Carlos V en Pavía, como ántes lo habia sido de las de su señor natural el Rey Francisco de Francia en Marignano, es una figura antipática que no perdona jamas la musa castellana de nuestro poeta. En la *Victoria de Pavía* no malogra la ocasion de hacer resaltar el efecto moral que produce la repugnancia que causa en el noble ánimo del Rey Francisco la presencia del Condestable desleal. Los ilustres caudillos españoles dan ejemplo á los soldados,

Enseñándoles, valientes,  
Á que respeten y acaten  
Á la majestad augusta,  
Que, aunque vencida, es muy grande.....

Francisco Primero los recibe con la afabilidad propia de aquel monarca-caballero;

Y el consuelo se divisa,  
En su abatido semblante,  
De verse entre caballeros  
Que tratar con reyes saben.  
Mas imprevisto accidente  
Vino de nuevo á alterarle,  
Y á hacer más terrible y duro  
Su destino deplorable.  
De Borbon el Duque altivo  
¡Desacato repugnante!

Á su rey vencido quiere  
Sin reparo presentarse.

¿Y cómo? manchado todo  
Con propia francesa sangre,  
De un valor mal empleado  
Haciendo insolente alarde.....

. . . . .  
. . . . .

La mano el Duque le toma  
De rodillas; arrogante  
La retira el Rey. El Duque  
Tiene la audacia de hablarle,  
Y el Monarca, levantando  
Los ojos como volcanes  
Al cielo, en voz alta dice :  
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

No puedo dejar de señalaros, por último, el rasgo de emoción patriótica que brota del alma del poeta, al recordar que tuvo que escoltar la espada de Francisco Primero, cuando fué arrancada de España por las huestes de Napoleon :

Ya cautivo el Rey de Francia,  
Vino á Madrid, y habitó  
La torre de los Lujanes  
Con Hernando de Alarcon.  
En la plaza de la Villa  
Aun dora esta torre el sol,  
Coronada de recuerdos  
Que el tiempo no borra, no.  
De ella, al cabo, el Rey Francisco  
Rescatándose, tornó

Á ocupar el rico trono  
De la francesa nacion.

Pero su rendida espada,  
Prenda de insigne valor,  
Testigo eterno de un triunfo  
Que el orbe todo admiró,

En nuestra régia Armería  
Trescientos años brilló,  
De los franceses desdoro,  
De nuestras glorias blason.

. . . . .  
Harto indignado, aunque jóven,  
Esta espada escolté yo,  
Cuando á Murat la entregaron  
En infame procesion.

Pero si llevó la espada,  
La gloria eterna quedó,  
Más durable que en acero,  
De la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España  
Supo añadir, vive Dios,  
Al gran nombre de *Pavía*,  
El de *Bailén*, que es mayor.

¿Qué necesidad tengo de deciros que ése es el noble espíritu de la poesía popular de nuestro país? ¡Harto claro os lo dice vuestro corazon de españoles!

Este amor á la patria, alma de las obras del DUQUE DE RIVAS, era tan intenso, tan duradero, tan inseparable de su sér, que así le alienta cuando vive en las zozobras de la proscripcion, como cuando

goza, en tierra extraña, de los halagos de próspera y brillante fortuna.

El alto cargo de Embajador de S. M. en la córte de Nápoles puso el colmo á sus deseos. Aquel país cuadraba de un modo cabal á sus hábitos, á sus instintos y áun á sus ilusiones de poeta. Asomaba en todo su índole meridional, y sentia aversion á los climas helados y brumosos del Norte. Para él no habia cielos bastante diáfanos ni climas sobrado ardorosos. Nápoles le parecia la misma seductora Parténope de los romanos sibaritas. Allí encontró, como en su inolvidable Andalucía, luz y calor en el cielo, y en la tierra afecto y alegría. Granjeáronle la estimacion general su claro ingenio, su afable condicion, y su amenidad genial, que nunca se vió embargada ni por la gravedad de los cargos ni por la etiqueta de las córtes. Allí, en comunicacion contínua con el Duque de Lavello, con Campagna, con Spinelli, con Volpicella y con otros eruditos, poetas y artistas, sereno y embelesado el ánimo con la dulce paz en que vivia, escribió, ademas de notables poesías líricas, y de la animada y pintoresca descripcion de sus viajes al Vesubio y á las ruinas de Pesto, la magnífica leyenda *La Azucena milagrosa*, y el bellissimo estudio de la sublevacion de *Masanielo*, en el cual,

no dejándose llevar de los arrebatos del poeta, examinó los hechos y los caracteres con imparcialidad, con orden y con tino, y demostró altas prendas de historiador ameno y elocuente. También el cultivo de las bellas artes ennobleció los años de dulce solaz que pasó el DUQUE en aquel país privilegiado. La pintura había sido siempre su principal recreo. Allí, bajo el cielo inspirador de Italia, pintó una *Judit*, que, por el colorido, por la verdad, por la entonación y por la gracia de la actitud, traspasa en verdad los límites de una estimable medianía, sobre la cual no alcanzó á levantarse en los demás cuadros que pintó en Nápoles.

Dos cosas únicamente anublaban algún tanto aquel cielo de felicidad. Una, la ausencia de su familia, ausencia que mantenía siempre un vacío profundo en el fondo de su corazón. Este sinsabor brota á cada paso en sus versos líricos y hasta en sus leyendas. ¿No recordais el tierno apóstrofe á Sevilla, con que empieza la segunda parte de *La Azucena milagrosa*? En él se hallan estos versos, llenos como siempre del amor local y de la ilusión de la familia:

En tí pasé mi juventud florida,  
Y el balsámico ambiente de que gozas  
Me restauró la sangre, que en los campos,  
Por mi patria y mi rey, vertí con honra.

.....  
.....  
En Nápoles, en fin, la que en el mundo  
Tanto renombre esclarecido goza,  
A tí, tan sólo á tí tengo delante,  
Y en tí, grata ilusión, mi mente mora.  
Y miro alzarse tu Giralda esbelta  
Entre vapores de color de rosa,  
Y oigo la voz de sus sonoros bronce,  
Que retumba en los montes de Carmona;  
Y que estrecho á mi seno, me figuro,  
Las dulces prendas, que, de mí remotas,  
Allá anhelan tan sólo mis noticias,  
Y sin cesar me llaman y me nombran.

El otro de los sinsabores á que aludo, es el que le causaba no oír resonar continuamente en su oído el noble y armonioso idioma de la patria. A esta privación no podía acostumbrarse. Cualquiera lengua extranjera, hasta la dulcísima y eufónica de Italia, le inspiraba aversión, y algunas provocaban de su parte festivos sarcasmos, que rayaban en intolerancia casi infantil. Bien claramente expresa el poeta esta impresión en la siguiente estrofa de una poesía escrita en Nápoles, ciudad que tanto cautivaba su ánimo :

¡Ay! encantos jamás habrá bastantes,  
Ni circes, ni sirenas  
Que consuelen mis penas,  
Donde no suena el habla de Cervántes.



Y ya que os hablo de sus solaces literarios de Nápoles, consentid que ceda á la tentacion de recordar aquí ciertos versos del DUQUE DE RIVAS, que no se han dado ni se darán nunca á la estampa, á pesar de que rebosa en ellos viva y gallarda inspiracion. Mantuvo conmigo, durante muchos años, hallándonos ambos en diferentes misiones diplomáticas, una correspondencia en verso, escrita, por decirlo así, á rienda suelta, sin aquellos esmeros y miramientos que requiere cuanto previamente se destina á la imprenta. Una sola de las cartas de esta correspondencia poética se atrevió á incluir el DUQUE DE RIVAS en la coleccion de sus *Obras completas*. Las demas quedaron y quedarán inéditas, porque llega en ellas el jovial desenfado y el familiar donaire adonde nunca pueden alcanzar los fueros de la publicidad. Os quiero citar breves pasajes, porque sé que me perdonaréis la digresion en gracia del objeto.

Cual suele acontecer en los parajes adonde se llega con ánimo muy favorablemente prevenido por fantásticas ilusiones, no recibió el DUQUE DE RIVAS al abordar á Nápoles, aquella sensacion de admiracion y de embeleso que él, en sus cavilaciones de poeta, iba forjando en la navegacion. En balde, al entrar en el mágico golfo, se presentaron á su vista tantas

grandezas de la naturaleza, y á su memoria tantos espléndidos recuerdos. Ni la poética isla de Capri, *llave del golfo*; ni la *corona del Vesubio*; ni el *mar de las Sirenas*; ni las lomas del Vómero y de Posílipo, *el monte de las Flores*; ni las risueñas laderas de Sorrento y Castelamare; ni el aspecto de la veneranda Parténope, á la cual vió más adelante,

Como dormida beldad,  
En un lecho de esmeralda;

nada bastó á despertar el entusiasmo del poeta. Todo le pareció insulso y descolorido. Hé aquí la triste pintura que, con ponderacion andaluza y entre jovial y desabrido, hace de Nápoles, bajo el imperio de las primeras impresiones. (Yo me hallaba á la sazón en Lisboa.)

Más fácil me es en verso que no en prosa,  
Y en verso has de saber mis aventuras,  
Que así corre mi pluma más gustosa.  
Ya una carta repleta de locuras  
Te dirigí despues de mi llegada,  
Y no estarás sobre mi suerte á oscuras.

. . . . .  
. . . . .

Despues de expresar sériamente algunas ideas relativas á los asuntos públicos de nuestras respectivas

misiones, adopta de repente el tono chancero y continúa así:

Hoy la formalidad odio de muerte,  
Y hablar de diplomáticas materias  
Fuera molerme yo, fuera molerte.

Démos de mano, pues, á cosas serias,  
Tratemos cosas que los hombres graves  
Suelen llamar locuras y miserias;

Cosas que, como tú, Leopoldo, sabes,  
Al cabo siempre son más divertidas,  
Y encierran el fastidio con cien llaves.

Estoy desesperado, pues fallidas  
Todas las esperanzas me han salido  
Sobre esta tierra allende concebidas.

Y en llegando á Madrid, su merecido  
He de dar á la turba charlatana  
De tanto embaucador y fementido,

Que, como acordarás, por la mañana  
Nos tuvieron con tanta boca abierta,  
Y de venir aquí dándonos gana.

«No hay region en el orbe descubierta  
»Cual Nápoles», decian..... (¡Embusteros!  
No volverán á atravesar mi puerta.)

«¡Qué clima! ¡qué placeres! Los eneros  
»Son cual los mayos son de Andalucía;  
»Las mujeres, palomas y corderos.

»Sólo en gozar se piensa noche y día,  
»Y galanes y damas con sus prendas  
»Os halagan y azuzan á porfía.....

»Y todo ¡qué barato! Por las tiendas  
»Os meterán las cosas por los ojos;  
»Los palacios por nada los arriendas.....

»Allí producen flores los abrojos,  
»Y en banquetes, teatros y funciones,

»No hay nunca pesadumbres, nunca enojos.»

Pues todo era mentiras é invenciones;  
Que es Nápoles país abominable,  
Y el peor que hay desde el Sur á los Triones.  
El clima, caro hermano, es detestable,  
Ni un solo dia he visto el cielo puro,  
Ni un momento de sol claro y estable.

Sopla continuamente el viento duro,  
Llueve dos ó tres veces cada dia;  
Si no te abrigas, toses de seguro.

Hoy, primero de Abril, de nieve fria  
Están cubiertos los vecinos montes,  
Y el mar montes de espuma al cielo envía.

Ni un árbol solo en estos horizontes  
Descubrirás con hojas verdeantes,  
Aunque á las altas cumbres te remontes.

Ni flores matizadas y odorantes  
Hallarás en los parques y jardines,  
Ni sin gaban ó capa paseantes.....

¡Cómo estarán de nardos y jazmines,  
A estas horas, poblados los paseos  
Que adornan de Sevilla los confines!.....

Y en cuanto á los placeres, devaneos  
Eran las relaciones mentirosas  
De aquellos visionarios corifeos.

. . . . .  
. . . . .

Pues el llamar á Nápoles barato  
Es burlarse, Leopoldo, de la gente,  
Y contra la verdad gran desacato.

Nápoles es tan caro cabalmente  
Como Madrid, como París, y hay cosas  
Más baratas en Lóndres la insolente.

La casa (por si tú dudarle osas)  
En que vivo, me cuesta dos mil duros,

Y no es por cierto de las más hermosas.

Los teatros malísimos y oscuros  
Son, y el mismo *San Carlos* afamado,  
Sucio y desierto, aunque de ricos muros.

La ciudad es muy triste; y nuestro *Prado*  
Vale cien veces más que estos paseos,  
De concurrencia faltos y de agrado.

Sólo una calle hay buena, y son muy feos  
Los oscuros y sucios callejones  
Que á ella salen despues de mil rodeos.

Ni en ellas, ni en las tiendas y balcones  
Se ven jamas mujeres; retiradas  
De sus casas están en los rincones.

La miseria y el hambre retratadas  
Están en los semblantes de esta gente.....  
Las artes y las letras olvidadas.

No hay un solo pintor que te contente,  
Nunca ves un poeta, un literato;  
No hay ricas bibliotecas finalmente.....

Yo tomára, Leopoldo, de barato  
Cruzar por los *poyâes de San Bento* <sup>1</sup>,  
Y contigo charlar por un buen rato.

Y el Vesubio te diera muy contento  
Por *Belem* y por *Cintra* y por *Ayuda*,  
Y por viajar de *Mafra* hácia el convento <sup>2</sup>.....

No mi estrella feliz, no; la sañuda  
Suerte sólo á esta tierra me ha traído,  
Donde nació de *Pórtici la Muda*.

. . . . .  
. . . . .

Ya veis que el DUQUE DE RIVAS escribía cartas

<sup>1</sup> Calle de Lisboa, cuyo nombre parecia extraño al DUQUE DE RIVAS.

<sup>2</sup> *Belem*, barrio de Lisboa. En él está el suntuoso monasterio de Je-

en tercetos <sup>1</sup> con más soltura y facilidad que otros las escriben en prosa.

Y ¿sabeis por qué este cúmulo de imprecaciones y lamentos? Porque al llegar á Nápoles, la estacion era lluviosa y fria, y el cielo estaba triste y encapotado. No os maravilleis : ésa suele ser la índole del verdadero poeta. La ilusion pende de un cabello, y ese espíritu móvil y antojadizo, que todo lo extrema y hace ver las cosas segun la impresion casual del momento, es achaque inherente á la facultad de emocion viva y poderosa que en almas poéticas es fuente de la creacion y del entusiasmo.

Trascurren algunos meses nada más, y el cuadro sombrío se convierte en cuadro encantador. Recobra la naturaleza su hechizo, la sociedad docta ó aristocrática le halaga y le festeja, la vida culta y sibarítica le recrea, y olvida el poeta la primera impresion. Con risueños colores pinta entónces á Nápoles en

rónimos, en frente del cual se embarcó Vasco de Gama al emprender su inmortal expedicion.

*Cintra*, delicioso Sitio Real de Portugal, cantado por Lord Byron y por Almeida-Garrett.

*Ayuda* (Ajuda), palacio magnífico de los reyes de Portugal.

*Mafra*, palacio y monasterio de gigantescas dimensiones, á algunas leguas de Lisboa; imitacion del Escorial.

<sup>1</sup> Esta carta, la segunda de esta correspondencia, tiene la fecha de 2 de Abril de 1844.

otra de las epístolas familiares; sube de punto en ella el tono chancero y alegre, y sólo me atrevo á copiar muy pocos versos:

. . . . .  
Nuevo Caïn de Sevilla,  
Que así á este Abel acogotas  
Con olvido y con silencio,  
En vez de quijada ó porra,  
Vuelve esos ojos de fiera,  
Ánima precita y torva,  
Al hermano que vegeta  
En la moderna Sodoma.

. . . . .  
Vuévelos; toma esa pluma,  
Con que papel emborronas,  
Ya bosquejando despachos,  
Ya chapurreando notas;  
Y dáme en cuatro renglones  
Cuenta, al fin, de tu persona;  
Que, para darte el ejemplo,  
Magnanimidad no corta,  
Yo te daré de mí mismo  
Exacta y cumplida historia:  
Sigo bueno y en la holganza,  
Y en la vida regalona....

. . . . .  
Tengo una soberbia casa  
Con jardín, que á la mar toca,  
Junto al público paseo  
Que *Villa-Reale* nombran.

Tengo un químico excelente  
Que estudió y ganó la borla  
En el *Café de París*,  
De cocineros Sorbona;

Y con ayudante y pinche,  
Tambien de Francia, elabora  
Divinas quintas esencias,  
Que dieran vida á una momia.

Tengo una espaciosa cava  
Donde cuerpo nuevo toman  
El Jerez, el Manzanilla,  
El Burdeos, el Borgoña,  
El Johannisberg, el Marsala,  
El Chipre, el espeso Rota  
Y el sabroso Siracusa,  
No como lo usó la Borgia.

Cuatro alemanes caballos,  
Tusones de crin y cola,  
Una linda carretela  
Arrastran sobre estas losas;

Y en ella repantigada  
Se columpia mi persona,  
Recibiendo reverencias,  
Que yo devuelvo con sorna.

. . . . .  
. . . . .  
No hay un momento de tédio,  
No hay ni un rato de zozobra.

Así se pasan los días,  
Así se pasan las horas;  
¡Ay, que ésta es vida beata!  
¡Ay, que es estar en la gloria!

. . . . .  
. . . . .  
Aquí el romance retozon llegaba,



Cuando vino á mis manos tu misiva,  
Que el negro crimen de tu olvido lava.  
Y al verla cariñosa y expresiva,  
Y de tan dulces cláusulas repleta,  
Se me cayó la baba ó la saliva.  
Y eché mano á otra pluma más discreta,  
Y más pura tambien, para escribirte  
Sin las locuras de mi musa inquieta  
. . . . .  
. . . . .

En contestacion á esta carta y á otras tuyas semejantes, con el fin de ponerlo en apuro y provocar una contestacion festiva, le hice yo notar la volubilidad de impresiones de quien en tan breve espacio juzgaba á Nápoles, con igual calor, ya una ciudad insípida y prosáica, ya el emporio de las artes y de los placeres. Defiéndose entónces con la ingeniosa dialéctica del poeta, que siente porque siente, y no necesita darse lógica cuenta de su desaliento ó su entusiasmo, ni de su poética inconsecuencia.

. . . . .  
. . . . .  
Como en tus versos, á la faz del mundo,  
De ser mudable en parecer me acusas,  
Y de que el bien y el mal trueco y confundo,  
Quiero, si su favor me dan las Musas,  
Al uno y otro cargo responderte,  
Pues contra mí de tu talento abusas.  
No es extraño que pueda parecerte

Contradiccion en quien te dijo un dia  
Que era el vivir aquí terrible suerte,  
Escuchar ahora elogios á porfia,  
Y decirte que es Nápoles la bella  
La mansion del placer y la alegría.  
Mas no hay contradiccion. Yo formé aquella  
Opinion inexacta en el momento  
Que en estas playas estampé la huella.  
Con mar entumecido y duro viento,  
Y tras de noche horrenda y desastrosa,  
Aporté á estas regiones descontento.  
Era del año la estacion pluviosa,  
Turbia niebla el paisaje me ocultaba,  
La tierra estaba sin color, medrosa ;  
La ciudad como muerta, y circulaba  
En sus calles, de fango inmundo llenas,  
La turba humilde á quien la lluvia lava.  
Entré en una gran fonda, donde, apénas  
Puse el pié, me asaltaron mil hambrones,  
Aguinaldos pidiéndome y estrenas.  
Siguió el tiempo de oscuros nubarrones,  
Y me dí á las visitas de etiqueta,  
Plaga de diplomáticas funciones.  
. . . . .  
Entré en la sociedad; hallé mohinas  
Á las damas, por más que fuesen soles,  
Y se adornáran de maneras finas.  
Luché con una lengua que á españoles  
Ignorantes tan fácil les parece,  
Y que tiene, te juro, tres bemoles.  
El famoso teatro, que merece  
De Europa con razon la primacía,  
Por el encanto artístico que ofrece,  
Cerrado á piedra y lodo se veía,

Porque, de nuestra Infanta con la muerte,  
La córte luto funeral vestia.

Duraba el temporal sañudo y fuerte,  
Y con él los más bellos monumentos  
No pueden agradarte y sorprenderte.

Ni es posible con lluvias y con vientos  
De estas playas gozar, de estos vergeles,  
Ni visitar iglesias ni conventos.

Envuelto entre tartanes y entre pieles,  
Algunas horas paseaba en coche,  
Que no eran en verdad ménos cruëles;  
Y á las ocho ó las nueve de la noche  
Me iba á la cama, á que el imbécil sueño  
Cerrára de mis párpados el broche.

¿Pudiera parecerme, dí, halagüeño  
Semejante país, del cual traia  
Un juicio formado tan risueño.....?

Y mi opinion sobre él, por vida mia,  
Se fundaba en Cervántes, en Moreto,  
Y en los contemporáneos de valía.

Aquel, entre discretos tan discreto,  
Gloria de España, ingenio sin segundo,  
Dedicó á esta ciudad más de un soneto;

Y en su inmortal *Quijote*, en que fecundo  
Su rica vena eternizó, la llama  
*La ciudad más viciosa* de este mundo.

Pues el otro, que logra tanta fama  
Y tanto lauro en la española escena,  
Donde áun su nombre nuestro pueblo aclama,

A cada paso de piropos llena  
A Nápoles, y en ella á sus galanes  
Entre floridos lazos encadena.

Y si vamos más léjos, voto á Sanes,  
Recuerda á autores griegos y latinos,  
Pues diste culto á sus ilustres manes.

Verás que eran los mares peregrinos  
De las sirenas éstos; que el sesudo  
Anníbal hizo en Cápua desatinos;  
Y que, de Roma huyendo el clima rudo,  
De Ciceron, Salustio, Horacio y Nero  
La mansion del placer ser ésta pudo.  
Escuchando despues tanto viajero,  
Que en realzar lo que vió siempre se afana,  
Era esto lo mejor del mundo entero.  
Yo por sus relaciones (que engalana  
La imaginacion siempre) me creía  
Hallarme el paraíso y la manzana;  
Que nunca en esta tierra se ponía  
El rubicundo sol; que el cano invierno  
Sus rigores en ella no ejercía;  
Que era en los prados el verdor eterno;  
Que las flores jamás se marchitaban;  
Que la Abundancia aquí llenaba el cuerno;  
Que mágicas beldades paseaban  
Por plazas y jardines; que poëtas  
Con dulce lira al viajador brindaban;  
Que hasta los que en harapos y en calcetas  
Cruzan por estas calles, *lazarones*,  
Tocaban bandolin y castañetas.  
Y tantas esperanzas é ilusiones  
Viendo desaparecer, quedé, te juro,  
En un mar de tristeza y confusiones;  
Y con color tan tétrico y oscuro  
Te pinté el negro cuadro de este suelo,  
De siniestra impresion so el cetro duro.

---

Vino despues la primavera; el cielo,  
Antes de plomo bóveda pesada,  
De nácar y zafir tornóse un velo.

Brotó feraz la pompa engalanada  
De vegas, de montañas, de jardines ;  
Quedó la mar risueña y sosegada.

Admiré en su esplendor estos confines ;  
Del Vesubio trepé las altas cumbres ;  
Bosques ví de naranjos y jazmines.

De un purísimo sol gocé las lumbres ;  
Aprendí este lenguaje, y poco á poco  
Me aficioné á esta gente y sus costumbres.

Ni amistad santa me faltó tampoco  
De hermosísimas damas ; sin peluca,  
Ni tos, ni panza, ni tabaco y moco,  
Puede un anciano verde alzar la nuca,  
Y logré que dijeran muchas bellas :

*¡Quanto è simpaticone questo Duca!!*

Pinté con dicha los retratos de ellas,  
Les hice y publiqué sonoros versos,  
Y víme encaramado en las estrellas.

He encontrado tambien hombres diversos,  
De ciencia, erudicion, buen gusto y fama,  
En esta grata sociedad dispersos.

Un célebre escritor hay que se llama  
Blanch <sup>1</sup>, y en ciencias políticas merece  
De la inmortalidad la noble rama ;

Y un tal Campagna, calabrés, parece  
El hijo predilecto del Parnaso,  
Segun su claro ingenio resplandece.

Estos y otros, en número no escaso,  
Hombres de letras, mi amistad procuran,  
Y horas con ellos deliciosas paso.

Cada dia se aumentan y maduran  
Aquí mis conexiones. Mis colegas  
Connigo obsequios y champagne apuran.

<sup>1</sup> Luigi Blanch.

.....  
.....  
Con tan buenos influjos, consiguiendo  
Era mudar de la opinion primera,  
Sin tacha merecer de inconsecuente.  
Antes me honra en verdad sobremanera  
El escribir segun mis sensaciones,  
Y no aferrado á una opinion cualquiera.  
Así deben hacerlo los varones  
Imparciales é ingenuos, y se dice  
Que es de sabios mudar las opiniones.....  
Juzgo que enteramente satisfice  
La acusacion primera de tu carta,  
Pues si me he contradicho, muy bien hice.....  
Vamos á contestar á la otra sarta  
De improprios que das á mi alegría.  
Allá voy furibundo : ¡aparta, aparta! <sup>1</sup>.

.....  
.....

Aquí cambia enteramente el tono de la epístola, y no podemos seguir en este grave recinto todos los arranques de jovialidad familiar y de chistoso ingenio que abundan en ella. Tal vez habré abusado de vuestra benévola atencion, citando tantos versos inéditos del DUQUE DE RIVAS. No me arrepiento de ello. Así habré logrado distraeros por algunos momentos de la aridez de mis observaciones; y no se os esconde, por otra parte, que cuando se trata de un hombre justamente coronado por la opinion con los lau-

<sup>1</sup> Nápoles, 28 de Diciembre de 1845.

reles de la gloria, hasta los juegos de su ingenio son interesantes para la historia literaria. En los versos no destinados á la estampa, que he creído deber salvar del olvido, habréis visto, al ménos, cómo campea la lozana imaginacion del poeta, y cómo se ostentan las galas del versificador en una poesía íntima y casi improvisada, sin pretension alguna de refinamiento ni de aliño.

Si algun recuerdo de la historia del ilustre escritor puede traer alivio al dolor de sus amigos y de su familia, es la seguridad que tenemos de que fué dichoso, cuanto cabe serlo en la tierra, donde no hay luz sin sombra, ni cielo sin tormentas. Hasta los últimos años, en que desgracias y dolencias vinieron repentinamente á anublar el alegre horizonte de su vida, todo sonreía en torno suyo. Había contraído matrimonio, en los azarosos tiempos de la emigracion (1825), con una mujer que amaba tiernamente con aquel amor que no se entibia ni se desmiente nunca. Á pesar de los estrechos vínculos de sangre que me ligan con ella <sup>1</sup>, séame permitido decir, para honrar la verdad, que, discreta, ilustrada y cariñosa, parecia colocada por la Providencia al lado del poeta para endulzar sus sinsabores y dar rienda á su

<sup>1</sup> La señora Duquesa de Rivas es hermana del autor de este escrito.

inspiracion. Merced al entusiasmo de su esposa para las letras y las artes, halló el DUQUE DE RIVAS vida y estímulo en el ámbito escondido y á veces prosáico del hogar, donde tantos otros encuentran rémora y desaliento; y sólo Dios sabe adónde alcanza en las manifestaciones artísticas del alma esta benéfica y dulce influencia! Su mujer fué para el ilustre poeta, en el largo espacio de cuarenta años, y hasta su último suspiro, el primer consuelo, el primer afecto y la primera necesidad del alma. Los cinco años de Malta, época de vuelo y trasformacion para su gusto literario, su mujer, ayudada por la halagüeña y hospitalaria amistad de Mr. Frére y del General Woodford, logró que el poeta no advirtiera, como advirtió Dante,

*Cuanto sa di sale il pane altrui,*

y que aquel árido peñon de los mares, aquella tierra de proscripcion, fuera para él mansion risueña de ventura y de amor. Allí nacieron sus tres primeros hijos, de los nueve, corona de dicha y de ternura doméstica con que Dios bendijo aquella union. Allí, para felicitarla en sus dias, dirigió Saavedra á su esposa, presentándole al propio tiempo un ramo de flores, un alcartaz de dulces y una hebilla de oro,



aquel ingenioso madrigal, que conocéis sin duda á pesar de que no ha sido impreso en las *Obras completas* del autor, y que merece vivir, por ser un vestigio notable del gusto emblemático y de la delicada galantería de nuestros padres. Hé aquí el madrigal:

Flores, azúcares, oro  
Te presento como emblemas  
De calidades supremas  
Que en tí, amada esposa, adoro.  
El oro pinta el tesoro  
De tu virtud y alma pura,  
Los confites la dulzura  
De tu amable condicion,  
Y las bellas flores son  
Símbolo de tu hermosura <sup>1</sup>.

Otra época de la vida del DUQUE DE RIVAS, de ésas que los biógrafos suelen calificar de desgraciadas, fué en realidad una de las más venturosas. De ésta hablo como testigo, guiado por mis propios recuerdos. Há más de veinte años. Era uno de esos períodos de turbacion política en que no preponderaban las doctrinas que en nuestro sentir debian ser asiento y basa de la verdadera libertad. Vivíamos en Sevilla, bajo el mismo techo, unidas nuestras familias, como lo estaban nuestros corazones. En algunos

<sup>1</sup> Malta, 25 de Marzo de 1827.

no frecuentes momentos en que el afan político asaltaba nuestro ánimo, decíamos candorosamente que aquella época era para nosotros *época de desgracia*. ¡Cuán engañosamente juzga á veces el hombre el estado de su alma y los vaivenes de su fortuna! ¡Sabéis cuál era la desgracia á que nos condenaba nuestro alejamiento de los negocios públicos? ¡La de vivir al amor del hogar, sin zozobra ni sinsabores, entregados asiduamente al embeleso y al cultivo de las letras y de las artes, y esto en un país donde el suelo está lleno de flores, el aire de aromas, el cielo de luz, la gente de gallardía y donaire, y la memoria de poéticos y gloriosos recuerdos! ¡Cuántas veces en las encantadas noches de la primavera de Andalucía, al borde de un estanque del frondoso jardín, embalsamado el ambiente con aquella plenitud de aromas con que sólo allí trascienden los jazmines y el azahar, pasábamos dulcísimas horas entretenidos en sabrosas pláticas y lecturas con nuestros amigos, entre los cuales de vez en cuando contábamos por dicha poetas esclarecidos! Algunos de ellos <sup>1</sup> escuchan en este momento mis palabras con la íntima fruición con que evoca la fantasía deleites que huyeron para no volver; á otros los esconde el sepulcro; á alguno lo esconde

<sup>1</sup> Los Sres. D. Tomas Rodriguez Rubí y D. Ramon de Campoamor.

tambien ausencia indefinida, para sus amigos triste y amarga. Y ¿por qué no decir el nombre de éste, que ya sin duda habeis adivinado? El ilustre Zorrilla, tambien poeta épico y calderoniano á la manera del DUQUE DE RIVAS, aumentó alguna vez el hechizo de aquel jardin, leyendo con su entonacion inimitable y fascinadora el cuento titulado *La Cabeza de plata*, y muchas otras producciones de su ingenio fecundo y peregrino.

Ved con cuánta ternura, con cuánta gala recuerda el mismo DUQUE DE RIVAS el solaz de aquellas regaladas horas, en una contestacion poética que dió á unos versos que Zorrilla le habia dedicado en 1844.

Pues si tú tanto recuerdas  
Las delicias de Sevilla,  
Del Guadalquivir la orilla,  
Y mi tranquila mansion;  
¿Qué haré yo, mi amado amigo;  
Qué haré yo, que dejé en ellas  
De mis ojos las estrellas,  
Las prendas del corazon?  
Ni pienses que olvidar puedo  
Aquellas fugaces horas,  
Tan dulces y encantadoras,  
Que presto tuvieron fin,  
En que los versos divinos  
Que de tu labio brotaban,  
Luz, calor, y cuerpo daban  
Al aura de mi jardin.

Ésta era, pues, la *desgracia* en que entónces vivíamos; *desgracia feliz*, que nos ahorraba las tormentas y los tormentos de la vida política, daba á las facultades privilegiadas del alma el noble y provechoso empleo á que la arrastraban cultas y fervorosas aficiones, y producía, entre otras obras importantes del DUQUE DE RIVAS, su drama fantástico *El desengaño en un sueño*.

Y ¿cómo no había de ser feliz el DUQUE DE RIVAS con las prendas peculiares de su carácter apacible y festivo?

Nuestro distinguido compañero D. Tomas Rodriguez Rubí, decía ingeniosamente, conmemorando en esta noble Academia las prendas de D. Francisco Martinez de la Rosa, que este varon esclarecido, cuando jóven, era anciano por la madurez del entendimiento, y cuando anciano, era jóven por el ardor de las ilusiones y de los afectos. El DUQUE DE RIVAS no ofreció nuevo ejemplo de este contraste. En las mocedades y en la ancianidad fué siempre igualmente jóven, como se ha dicho tambien del Tasso. Sueños de imaginacion, vivacidad de afectos, lozanía de impresiones, confianza caballeresca en el trato humano, espíritu festivo, alegría genial inalterable: puede decirse que ese risueño séquito de

amenas realidades y brillantes quimeras, que acompañan los primeros años de la vida, le acompañó sin tregua hasta los confines del sepulcro. Ese espíritu juvenil, inextinguible en su corazón y en su mente, era el manantial de sus simpáticas prendas y del carácter animado y ardiente de su númen. Cuando empezaba á rendirse al peso de la edad, y, según la bella metáfora de uno de nuestros grandes poetas,

Iba ya siendo báculo su espada,

sentía bullir todavía en su alma los alegres ímpetus de la edad temprana, y luchaba, por decirlo así, á brazo partido con los esfuerzos incontrastables del tiempo. Bien claro lo expresaba él mismo en una de sus cartas familiares de Nápoles (Setiembre de 1845).

Un testigo mejor <sup>1</sup> no era posible  
Que halláras de mi vida en esta tierra,  
Para mí tan risueña y apacible.  
Te habrá dicho sin duda que se emperra  
En vano la vejez por derribarme,  
Y que resisto su maldita guerra;  
Pues mientras no se cansen de ayudarme  
Mi robustez, mi musa y mis pinceles,  
Jóven á su despecho he de llamarme.  
Del *Moro* y los *Romances* cien carteles

<sup>1</sup> Alude á un diplomático, amigo suyo, que pasó de Nápoles á Lisboa.

Á la ciudad anuncian traducciones,  
Y hablan de ellos revistas y papeles.

Adornan gabinetes y salones  
Los retratos que pinto con más fama  
Que la de los Tizianos y Giorgiones.

Y á la más linda y desdeñosa dama,  
Insensible á un dulcísimo soneto,  
Adulador pincel tal vez la inflama.....

. . . . .  
Tengo ya en mi cartera dos quintales  
De diplomas de Cuerpos diferentes  
Que del saber de Italia son puntales.

Pues cuantos hay despues de las vertientes  
De los fragosos Alpes hasta el cabo  
Do Polifemo ejercitó los dientes,

Grátis, y sin que expenda ni un ochavo,  
Académico suyo me pregonan,  
Porque en Castália mis pañales lavo.

Mas con lo que mis dichas se coronan  
Es hoy con verme *Senador* de España,  
Como varios periódicos lo abonan.

Pues será para mí grande cucaña,  
Conservando este puesto alto y honroso,  
Las tierras ver que Manzanares baña;

Asistir por dos meses al fogoso  
Parlamento; charlar en él un rato;  
Irme despues al Bétis delicioso;

Las prendas de mi amor y mi conato  
En mi seno estrechar, y luégo, luégo,  
Regresar á este Eden tranquilo y grato.

¡Dígase si no está rebosando en estos versos la ju-  
guetona y tierna expansion de la edad juvenil! Dos  
años despues escribia su bellísima composicion *Á la*

*Vejez*, molesta imágen que por lo visto le asediaba entónces. En ella aparenta resignarse á la privacion de todos los placeres, y declara que ya no son para él, ni los goces de los banquetes, ni el bullicio de los festines, ni la alegría de las praderas, ni siquiera los triunfos de la poesía. No le creais; toda aquella misantropía es mero artificio del ingenio. Su conformidad imposible, su vida de entónces, las galas mismas de la composicion le desmienten. Es como el sermon de un gastrónomo que predica la abstinencia en medio de la opulenta profusion de su mesa. Es, en una palabra, la paradoja de un sibarita.

Hay almas que están dotadas de juventud eterna. Ni el mundo las gasta, ni los reveses las enseñan, ni los vaivenes de la vida las entristecen. El tiempo malgastaba sus afanes con el DUQUE DE RIVAS. Aquel hombre podia morir, pero no podia envejecer.

En los últimos tiempos de su enfermedad, ya al borde del sepulcro, recibió el DUQUE DE RIVAS una visita que conmovió hondamente su ánimo triste y decaído. Por mandato terminante de los médicos, ya no recibia en su habitacion ni aun á sus más íntimos amigos. Pero el que ahora se presentaba tenía títulos privilegiados, que debian abrirle las puertas de aquella estancia del dolor. Era nuestro dignísimo compa-

ñero, el Sr. D. Antonio Alcalá Galiano. Como uno de los más elocuentes iniciadores en España de las doctrinas constitucionales, y como crítico reformador y agudo, había influido grandemente aquel esclarecido anciano en la vida política y literaria del ilustre enfermo. Al verse ahora los dos amigos, que, por la dilatada enfermedad del uno y por las tareas ministeriales del otro, no se habían encontrado mucho tiempo había, asaltaron sin duda la mente de ambos, recuerdos al par tristes y alegres de otra edad, vicisitudes de épocas turbulentas, lazos de juventud, de letras, de infortunio, de proscripción. Ambos derramaron tiernas y amargas lágrimas. Galiano había sabido el estado de postración extrema en que se hallaba el DUQUE DE RIVAS, y no quería que bajara al sepulcro aquel por tanto tiempo y por tan varios títulos compañero y amigo, sin estrechar su mano querida por la postrera vez. Ya no volvieron á verse en la tierra. Pero ¡oh inescrutables designios de la Providencia! No el enfermo postrado y moribundo, sino el ministro que le visitaba, firme y activo todavía, si bien agobiado por los años y por las penalidades del mundo, era la primera víctima que la muerte había señalado. El DUQUE DE RIVAS espiró setenta y dos días después de D. Antonio Alcalá Ga-



liano, que habia nacido para la desgracia, como su amigo para la ventura, y cuya austera honradez y relevantes merecimientos sólo conocieron á fondo los que cultivaron su amistad muy de cerca.

¿Qué mucho que estas tristes imágenes despierten involuntariamente en vuestro corazon nuevos recuerdos igualmente profundos y dolorosos? Otro amigo, otro compañero esclarecido, D. Joaquin Francisco Pacheco, ha desaparecido para siempre de nuestro lado prematura é inesperadamente.

Así como Martinez de la Rosa y Saavedra, era Pacheco de aquellos hombres que entran por la florida senda de las letras en la ardua y escabrosa de la política, para subir despues en alas del talento á la cumbre de los honores y de las dignidades públicas. La toga, la tribuna parlamentaria, las academias de las letras, de las artes y de las ciencias lloran de consuno la eterna ausencia de quien supo dejar en ellas rastros de verdadera gloria.

Y ¿qué os puedo decir de la muerte de otro amadísimo compañero, nuestro inolvidable D. Ventura de la Vega? La nacion entera lamenta con nosotros la pérdida de este insigne escritor dramático. Poseia en alto grado el precioso dón de un gusto severo y acendrado; dón rarísimo, y no ménos esen-

cial en las letras que la imaginacion inventiva y ardiente. No necesito recordaros sus notables obras, escasas en número, pero ricas en prendas literarias de valor muy subido.

Todos sabeis, como yo, que el autor de *El Hombre de mundo*, comedia que es modelo de estructura dramática, de agudeza cómica, de verdad humana y de verdad local; que el continuador del lenguaje escénico de Moratin, harto olvidado en nuestros dias, tiene reservado un lugar privilegiado y eminente en la historia del Teatro español.

¡No há muchos dias! apénas cerrada la tumba en que duerme Vega con el eterno sueño, otra tumba se abre para el ilustre Marqués de Pidal, que lloramos, no sólo como académico insigne, sino como uno de los patricios más respetables y más dignos que ha producido nuestra nacion. Los lazos de amistad acendrada y de respetuoso cariño que á él me ligaron siempre, podrian hacer parecer en mis labios inspiradas por favorables prevenciones las alabanzas que tributase á este varon esclarecido; pero tan altas fueron sus prendas, tan notorios y provechosos sus esfuerzos por el bien de la patria, tan evidentes su vasto saber y su profunda inteligencia, tan importantes sus obras literarias, que bien puedo aven-

turarme, sin ser tachado de parcial, á esta honrosa conmemoracion. El que en dias de riesgo y turbacion, prudente y sabio con la pluma, franco y brioso con la palabra, contribuyó tan poderosamente á cimentar el trono, la religion y la libertad, tiene reservado uno de los puestos más encumbrados y gloriosos en los anales políticos de su época. El que, incansable en las exploraciones literarias é históricas, no satisfecho con descubrir, publicar é ilustrar venerables monumentos de la lengua y de las letras castellanas, empleó la inaccion política á que le sujetaban sus dolencias, en escribir la admirable *Historia de las alteraciones de Aragon*, luminoso estudio, en el cual se desvanecen tantos errores de la passion y de la rutina, ha estampado para siempre su nombre en la historia literaria de Europa.

Lo que le ha granjeado especialmente, no sólo el aplauso, sino el respeto de la posteridad, es, por una parte, el conocimiento profundo que tenía del espíritu tradicional de su país, y la conviccion que abrigaba de la necesidad de atender en cualquiera reforma á ese mismo espíritu, que es como la fuerza vital de las naciones; por otra, el sentido moral, hondo y austero, que está, por decirlo así, grabado en todos sus actos y en todos sus escritos, ya políticos, ya lite-

rarios; sentido moral que no se desmiente jamas, que no desmaya ante las adversidades públicas ni ante las amarguras del encarnizamiento implacable de los partidos.

Pero ¿por qué me detengo á enaltecer lo que de suyo se colocó tan alto? Hasta los enemigos políticos del Marqués de Pidal han reconocido siempre los fundamentos imperecederos de su gloria, y nadie ha llevado la injusticia hasta negarle su elevado talento, su ardiente patriotismo, su acrisolada honradez, su lealtad, su intencion pura y elevada.

Perdonad, Señores, que me haya detenido un momento ante estos cuatro sepulcros venerados, que han salido, por decirlo así, al paso de mi pluma. Al pensar que en el espacio de algunos meses se han desvanecido tales lumbreras de la patria, no me ha sido dable dejar de enlazar con los laureles del DUQUE DE RIVAS los no ménos honrosos que á estos insignes Académicos depara igualmente la posteridad. Para ellos pasaron, como pasa el viento de las pasiones, los ciegos y temerarios juicios, que son funesto indicio y lamentable achaque de los tiempos de turbacion. Sus altas prendas de carácter y de entendimiento resplandecen ya con la luz serena que brota de las tumbas gloriosas, y yo me complazco en pro-

clamar tan nobles prendas en este santuario de la imparcialidad y de la inteligencia.

Apartemos con horror la vista del año de 1865, año funesto, que nos ha arrebatado cinco amadísimos compañeros, que por diversos títulos y caminos alcanzaron las palmas de la inmortalidad<sup>1</sup>. El DUQUE DE RIVAS, Galiano, Pacheco, Vega, Pidal... ¿cómo llenar el hondo vacío que estos eminentes varones han dejado en la Academia y en la nación?

Tiempo es ya de poner término á este largo y desaliñado discurso, en que he dejado correr la pluma, sin más orden que el, no muy académico, que traian consigo los sentimientos y los recuerdos. Acabo, como empecé, dolorida el alma por la irreparable desgracia que hoy nos congrega en este sitio.

Todos lo comprendéis. Llega una edad en que, cansado el ánimo de los vaivenes del tumulto humano, lastimado el corazón en las asperezas del desengaño, de la injusticia y de la indiferencia, recoge involuntariamente las alas con que en los albores de la juventud intentaba remontarse á los mágicos es-

<sup>1</sup> D. Antonio Alcalá Galiano falleció el 11 de Abril.

El DUQUE DE RIVAS, el 22 de Junio.

D. Joaquín Francisco Pacheco, el 8 de Octubre.

D. Ventura de la Vega, el 29 de Noviembre.

El Marqués de Pidal, el 28 de Diciembre.

pacios del amor, de la gloria y de la confianza. Se estrecha y se anubla el ancho y claro horizonte de aquellos sueños inefables; y al cabo, desmayada y temerosa, se concentra el alma en los puntos luminosos de la vida pasada, en los encuentros felices que han dejado en ella rastros de emoción profunda y verdadera. Santa amistad, ternura intensa y desinteresada, admiración sincera de las obras del arte ó del ingenio, vosotras sois los únicos consuelos de la tierra. Pasan con los años los engañosos deleites de la esperanza. La fantasía, ya estéril y escarmentada, no se atreve á mirar adelante; sus ilusiones no están ya en el porvenir: se cifran casi exclusivamente en lo pasado. La mujer fiel y cariñosa, que arrastró con nosotros la carga de la vida; el amigo leal y constante, que se sobrepuso en momentos de prueba á las sugerencias del orgullo ó de la envidia; el sabio, el poeta ó el artista que hizo penetrar en nuestra alma la luz de la razón ó el sagrado fuego del entusiasmo, constituyen el tesoro de la edad madura. Por eso, cada vez que la muerte amengua el tesoro y desvanece un rayo de aquella luz consoladora, el alma se estremece y se apoca. Por eso lloramos hoy al

DUQUE DE RIVAS con lágrimas sinceras.

Y ¿cómo hemos de olvidarle? Nos ha legado el

blason de su renombre literario, unido para siempre á las glorias de la Academia; nos ha legado su impercedero recuerdo como amigo tierno y constante; nos ha legado, en fin, su propio hijo, nuestro amado compañero el Marqués de Auñon, hoy ya Duque de Rivas, quien (me atrevo á decirlo, porque creo que no me ciega el cariño que le profeso) sabrá sostener dignamente el peso de honor y de gloria que ha heredado de su ilustre padre.

Aun veo, y veré miéntras viva, con los ojos de la memoria y del corazon, en el lecho del dolor y de la muerte, á aquel que habia sido por su vivo y jovial ingenio, y por su afable y dulce condicion, el encanto de su familia. Rodeábale ésta, no, como solia, brotando el contento y la risa al hechizo de sus palabras, sino llenos los ojos de lágrimas y el alma de incurable amargura. Cuando voló su espíritu al seno del Criador, parecia aún más visible en su semblante el sello de aquel alma apacible y honrada. Su noble expresion se hallaba realzada por la majestad de la muerte.

¡Dios haya cambiado en su frente la mezquina y percedera aureola de la gloria terrestre, por la aureola inmensa y eternamente luminosa de las glorias del cielo!

---







1000

